

ISSN-e: 2805-8836

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 5 - 106 p. - Montería, Colombia - 2021

Nidia Serrano Montes (compiladora)



Universidad
Pontificia
Bolivariana

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 5 - 106 p. - Montería, Colombia - 2021

Nidia Serrano Montes (compiladora)

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Baúl de historias

Año 1 - Vol. 1 - No. 5

ISSN-e: 2805-8836

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales y Humanas

Programa de Comunicación Social - Periodismo

Seccional Montería

Arzobispo de Medellín y Gran Canciller UPB: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Rector Seccional Montería: Pbro. Jorge Alonso Bedoya Vásquez

Vicerrector Académico Sede central: Álvaro Gómez Fernández

Vicerrector Académico Seccional Montería: Roger Góez

Decana de Escuela de Ciencias Sociales y Humanas: Ilse Villamil Benítez

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Gestora Editorial Seccional Montería: Flora del Pilar Fernández Ortega

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Geovany Snehider Serna Velásquez

Corrección de Estilo: Editorial UPB

Fotografía: Tomadas por los mismos autores de las crónicas

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1971-16-04-20

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Tabla de contenido

Prólogo.....	7
<i>Nidia Serrano M.</i>	
Richard, el imperio de los perros calientes en Montería.....	9
<i>Andrea Ramos Arcia</i>	
El ángel de los gatos de La 33	14
<i>Ángela Hoyos Agudelo</i>	
Gritos de arte	19
<i>Angélica Herrera Acosta</i>	
El hombre de los congos	24
<i>Astrid Carolina Herrera</i>	
Educación, el pilar de su vida.....	28
<i>Betsy Soto Correa</i>	
Del caos a la bendición solo hay 10 metros de altura	33
<i>Claudia Aristizábal</i>	
El planchonero más viejo del Sinú	37
<i>David Gómez Marrugo</i>	
Abel: un legado cultural sin extinción.....	41
<i>David Herrera</i>	
Un secador, unas tijeras y mucho sentido del humor.....	46
<i>Erlyn Rodríguez</i>	
Creando para triunfar	51
<i>Isabella Lozano</i>	
Vladimir Vega ¡el comentarista que pega!.....	56
<i>José Alejandro Guerra Pardo</i>	
El renacer de un ciclista cordobés	61
<i>José Javier Ochoa</i>	
Cuando la basura se convierte en arte	65
<i>Kharol Silva</i>	

Los ángeles callejeros de los indigentes.....	69
<i>Luis Santos Berrocal</i>	
Con la fe intacta	74
<i>Luisa Levin Pérez</i>	
Un artista muy Piwa.....	77
<i>Luz Nelly Castillo Díaz</i>	
Aroma de vida, la voz imponente del bullerengue.....	81
<i>María Alejandra Araújo</i>	
El caporo humano	85
<i>Sebastián López Buevas</i>	
Un Bololó de historias	88
<i>Sofía Méndez</i>	
Cuentos pa' hacerte feliz	92
<i>Valentina García Flórez</i>	
Los misteriosos designios de Dios.....	96
<i>Valentina Pineda</i>	
De un camino duro a <i>inning</i> seguro.....	100
<i>Valeria De la Ossa</i>	

Prólogo

Nidia Serrano M.
Docente de Periodismo UPB

Cuando escudriñamos el alma somos capaces de contar historias maravillosas. La magia de la crónica permite entrar en el mundo real, de una manera sutil, para luego pintar un lienzo con palabras.

Ese es el objetivo de Baúl de historias, un libro que recopila las maravillosas historias de personajes emblemáticos que han aportado su coraje y ejemplo en la construcción de una sociedad mejor.

A través de sus páginas, escritas por los estudiantes de Periodismo del programa de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana, Seccional Montería, se rinde un homenaje a personajes emblemáticos del departamento de Córdoba.

Gracias a cada uno de ellos por abrir las puertas de su corazón y dejar que estos jóvenes entren a su vida y conviertan su historia en un referente para los demás.

Cada palabra, cada expresión y cada detalle fue el resultado de un trabajo minucioso, casi artesanal, en el que las letras tomaron forma de palabra y las palabras, a su vez, se convirtieron en reflejo de lo que sentían sus corazones.

La crónica nos permite recorrer los vericuetos de la eternidad, entrar en el mundo interior de seres maravillosos como los que forman parte de esta edición. Es la mejor forma de ponerle color a la vida y de mostrar que hay personas que merecen todos los homenajes porque su labor en la tierra, aun sin proponérselo, ha dejado huella.

Richard, el imperio de los perros calientes en Montería

Por Andrea Ramos Arcia



Entre panes, salchichas, salsas y, de un negocio a otro, en su particular bicicleta “amansa viejo”, se la pasa Richard Nacor Castillo Jiménez, el dueño de los reconocidos y deliciosos Perros Richard, que empezó de una manera pequeña y hoy se ha convertido en uno de los más grandes de la ciudad.

Cuando era tan solo un niño, el único hombre y el mayor entre sus cuatro hermanas, se la pasaba en su pueblo natal, Guacharacal, jugando con sus vecinos y, desde que estaba en Primaria, era un convencido de que iba a ser un abogado.

En medio de su ingenuidad, se visionaba como un destacado político, pero los papeles y planes de la vida van cambiando. Al mudarse a la ciudad de Montería, con tan solo 20 años de edad, sin un título uni-

versitario y, menos, uno de bachiller, por cosas del destino Richard cayó en los brazos de la señora Carmen Milanés, quien lo acogió con tanto cariño y le fue enseñando trucos de lo que sería su próximo oficio.

Ella tenía un negocio de comidas rápidas en la calle 22 con carrera 9 de Montería, lugar en el que actualmente queda su punto principal y comenzó a enseñarle cómo se prepara un perro caliente. Le decía que la estrategia del negocio estaba en la rapidez con la que se hacía la comida, la buena atención al cliente y un favorable precio. Tomó de buena manera esos consejos y, poco a poco, le fue gustando esta idea de hacer y vender perros calientes: ponía una salchicha sobre el pan, un poco de queso, picadillo de papa y salsas que le agregarían un mejor sabor.

Con el paso del tiempo, decidió independizarse y comprar un carro de perros con lo que había ahorrado de sus ganancias. Le comentó la decisión a su mentora y ella, sin un dejo de reproche, lo alentó a seguir adelante y le brindó apoyo y le dijo que podía hacerse cargo del lugar en el que estaba laborando, pues, la experiencia y dedicación era algo que ya había adquirido.

Cuando comenzó a trabajar por su cuenta tenía que multiplicarse. Así como hacía los perros, también le tocaba atender y cobrar, tres acciones que, al parecer, son sencillas, pero podrían significar puntos de desesperación.

Los vendía a 150 pesos y el vaso de gaseosa a 50, lo que suma un total de 200 pesos, lo que actualmente no dejaba grandes ganancias, pero en ese entonces alcanzaba para sustentarse. Las personas que vivían cerca iban con frecuencia a comer allí, pero eso no era suficiente. Un día se le ocurrió una idea para darse a conocer más.

Ofreció una especie de incentivos para atraer clientes. Si los niños y jóvenes que habitaban cerca del lugar, le llevaban clientes, entonces se hacían merecedores a un combo gratis. Parece mentira, pero esa fue la clave del éxito. Era tal el número de clientes que asistía que hasta se le olvidaba cobrar; sin embargo, corría con la suerte de que sus clientes le pagaban al día siguiente lo consumido; situación que lo llevó a darse cuenta de que necesitaba más manos que lo ayudaran con esta labor.

Entre tanto personal que se acercaba a ese punto de la 22, se apareció una atractiva mujer morena, con una silueta muy definida que atrajo toda su atención. Ella se acercó un día cualquiera a probar qué tan buenos eran los reconocidos perros del que hablaban todos. Se trataba de Luz Mary, quien hoy en día es su fiel esposa y que, en ese entonces, se convirtió en su clienta número uno. Con el paso del tiempo la fue conquistando con miradas y halagos que la hacían estremecer de dicha.

Al lado de Luz Mary ha construido un hermoso y unido hogar, lleno de valores y creencias. Richard siempre ha velado para que sus hijos sean hombres y mujeres de bien, que se sepan ganar las cosas por sus propios esfuerzos y no por “palanca”. Le aporta muchísimo a la educación de cada uno de ellos y se siente orgulloso de lo que estos jóvenes han conseguido, en especial su hijo mayor, quien es arquitecto de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Los años fueron pasando y su marca cada día era más conocida. Esa esquina, llena de sillas rojas, se tornó cada vez más concurrida. Se formaban largas filas de carros y motos que esperaban ser atendidos. La rapidez era efectiva, poco a poco iban saliendo de los pedidos que degustaban sin prisa, los sencillos y deliciosos perros calientes de Richard.

Hoy en día tiene 52 años, es un moreno carismático y sonriente. No deja nunca sus gorras y camisetas de colores con el emblemático nombre que le transformó la vida. Su estatura mediana no hace honor a su grandeza y a su emprendimiento.

Se levanta muy temprano en las mañanas. Agradece a Dios por tenerlo con vida y por darle bendiciones. Baja a la cocina y saluda a su madre, mientras esta le sirve un delicioso café, acompañado con un pan. Conversa un poco sobre algunos temas y así empieza su rutina.

Hay veces que tiene eventos y entonces le toca salir corriendo y preparar a su equipo para lo que se ofrezca; otras veces compra ingredientes o ayuda a preparar la salsa de piña, tarea que hace en compañía de su madre.

“La clave del éxito y de que tanta gente quiera Perros Richard, es la humildad”. Estas palabras las dice con mucha frecuencia y son carac-

terísticas de este hombre humilde y sencillo, a quien persiguen por donde quiera que vaya.

Con su negocio y con su fiel clientela, ha sacado adelante a sus cinco hijos y a su madre, a la que algún día prometió tenerla bien y pagarle de cierto modo todo lo que ha hecho por él.

Este hombre habla siempre de lo importante que es el buen trato para los empleados y de un efectivo clima laboral, pese a que todo eso lo aprendió de manera empírica. Cuando uno de los trabajadores cumple años le hace un pequeño festejo y le da el día libre.

Su empresa creció tanto que actualmente tiene cuatro locales en distintos puntos de Montería. Cuenta con 52 trabajadores que tienen como propósito de vida satisfacer el gusto de los amantes de los perros calientes tradicionales.

Asegura que lo que hace tan popular y única su marca, a pesar de la competencia, es el estilo que maneja con sus comidas. El pan no lo compra en ninguna panadería, puesto que tiene un grupo de panaderos que lo elaboran en su fábrica, ubicada en el barrio Cantaclaro. Allí se hacen diariamente 6.000 unidades de panes.

En ese mismo lugar también preparan la carne de las hamburguesas. El particular queso costeño que tienen sus perros calientes se lo mandan de Valencia. En ese municipio vive un señor que tiene la responsabilidad de enviar 600 libras cada tres días.

Hay un ingrediente estrella, del que habla con orgullo. Se trata de la salsa de piña, que es elaborada con mucho amor por su madre, María Jiménez. Ella tiene el secreto que ha hecho de esa comida rápida la más famosa de la ciudad.

En su casa, específicamente en la cocina, se pueden ver las grandes canastas de piñas para su preparación. Primero, las pela una a una, se endulzan, las licúa como si se fuera a preparar un jugo y luego se pone todo el líquido en una enorme olla; se empieza a cocinar a fuego rápido y se revuelve hasta que quede con una consistencia bien espe-

sa. Se empaqueta en tarros grandes y luego se deposita en sus respectivos recipientes de salsa.

Todos los días se venden casi 5.000 perros y 3.000 hamburguesas, es decir, los cuatro puntos siempre tienen gente que consume estos productos y se envían domicilios por los barrios de la Perla del Sinú.

La forma de agradecer a Dios por todas las bendiciones recibidas es que brinda comida, una vez al mes, a los habitantes que están en los semáforos de Montería. Empieza desde las 5:00 de la tarde en el semáforo que queda por el barrio Granada y de allí en adelante a todas aquellas personas y vulnerables que están ubicados en la Circunvalar.

No se trata solo de compartir los alimentos, también se sienta con ellos a hablar mientras que su corazón se hincha de satisfacción por ver los rostros de alegría de estas personas que más lo necesitan en este candente sol monteriano.

De igual manera, ayuda a jóvenes llenos de sueños y que tienen ganas de seguir adelante. Muchos se acercan a sus negocios y les muestran algunas canciones o composiciones inéditas. Si ve que tienen talento y las verdaderas ganas, les da la mano y los apoya.

Sus perros calientes a 2.000 pesos se han convertido en un ícono de Montería. Son tan famosos que se ya son referentes de la ciudad.

El ángel de los gatos de La 33

Por Ángela Hoyos Agudelo



En una ciudad ruidosa, en la que todos están tan inmersos en su mundo digital y redes sociales como para fijarse en el dolor y la soledad de los animales callejeros que habitan nuestras tierras, existe una mujer que decidió levantarse por su cuenta y hacer un cambio. Liliana García Gallego tiene 52 años y en 2016 se convirtió en la salvadora de los felinos de la Avenida Primera.

Su día inicia a las 6:30 de la mañana, cuando saca a pasear a sus dos perros, Linda y Negro, hermanos que no se parecen en nada. Es una caminata común y corriente en la que recorre cuadra por cuadra mientras disfruta de la frescura que ofrece el clima monteriano, antes de que el sol ataque. Cuando llega a La 33 con Primera, la normalidad del paseo matutino llega a su fin y el silencio del sector es interrumpido con maullidos y ronroneos que agradecen, en su propio idioma, volver a ver a su protectora.

Quienes rondan el sector seguramente ya la han visto. Tiene el cabello corto, negro y rizado, la piel ligeramente tostada y un par de cejas pobladas que adornan dos ojos amables. Cuando va a cumplir su ritual lleva una bolsa oscura repleta de platos y concentrado para gatos, que reparte individualmente para evitar discusiones felinas. Le gusta asegurarse de que coman bien, así que no se levanta hasta que los animales se alimenten adecuadamente, pues, como dice: “¿Para qué voy a hacer la obra a la mitad?”.

El deseo de ayudar a las almas gatunas empezó cuando trabajaba en Montelíbano. Un día, uno de sus vecinos dejó un plato de leche fuera de su casa que, más tarde, se convirtió en un imán de gatos.

Cuando Liliana vio el efecto que causó el gesto, sintió afán de hacer lo mismo. No pasó mucho tiempo para que empezara a alimentar y esterilizar felinos con la complicidad de amigos de la ciudadela en la que vivía y solían operar dos gatas al mes en promedio y, mientras más lo hacían, más se llenaban de dicha y felicidad.

A los siete meses hubo un recorte en la empresa en la que prestaba sus servicios, así que, sin tener muchas opciones, tuvo que marcharse. Varios logros quedaron atrás, buenos y malos, pero la labor de ayudar almas gatunas quedó profundamente inmersa y como tatuada en su corazón.

Además de ser salvadora de felinos lleva una vida normal como Ingeniera electrónica, así que el resto del día se enfoca en varias actividades. Tiene un par de locales comerciales administrados por empresas de arrendamiento, es consultora y profesora de Excel vía online y, como trabaja desde casa, suele ayudar a su madre en los quehaceres del hogar. De todos modos, no importa lo ocupada que esté, nada impide que lleve a cabo la segunda jornada de alimentación de los gatitos de La 33.

—Es importante que los gatos se alimenten dos veces al día —dice con un tinte de preocupación— son muy delicados, así que hay que asegurarse de que coman bien y estén sanos, añade.

Pero como la vida no es muy seria en sus cosas, paradójicamente, falleció La Mona, su gata. Era regordeta, de pelaje rayado y ojos verdes, su mimada, como dice ella. Poco a poco dejó de alimentarse y un día simplemente no despertó, pero, a pesar del dolor que sentía en el pecho por la pérdida de su “monita hermosa” nunca abandonó a aquellos que esperaban su cuidado y alimento en las calles, al contrario, sus motivos se fortalecieron.

En el sector de La 33, junto a escaleras amplias que descienden a kioscos de comida, venta de plantas y artesanías, yacen los gatos afortunados. Dos son fijas y un par más van y vienen. La más antigua es de pelaje claro y, a pesar de ser celosa cuando su espacio es invadido, muestra cariño sincero hacia su protectora. La otra, por su parte, es un caso más complejo, pues, a pesar del tiempo, no termina de mostrar confianza enteramente y es necesario duplicar el esfuerzo. Suele rondar por el local de comidas rápidas más cercano y, aunque sus trucos para recibir alimento de los clientes tienden a funcionar, a veces se topa con humanos impacientes que la ahuyentan a punta de patadas dolorosas. De todos modos, la glotonería siempre gana, así que, con temor, ella sigue pidiendo.

Si bien parece que Liliana trabaja sola en su obra, existe un pequeño equipo de apoyo que la ayuda tras bambalinas. Ella dice que son sus “ángeles de la guarda”, personas que Dios le mandó para realizar de manera más completa la labor que se le encomendó.

El señor “Lucho” es uno de los ángeles principales. Trabaja en la venta de plantas y cuando no hay buen clima permite que los gatos se refugien debajo de su mercancía. Ocasionalmente, cuando ocurre algún percance, recibe con brazos abiertos bolsitas de concentrado con las que alimenta a los felinos en horas de la madrugada, después de abrir su negocio.

El segundo ángel de la guarda es el señor Dagoberto, quien vigila los baños de la Avenida Primera. Debido a que es muy difícil cuidar a todos los gatos de la ciudad, él presta su ayuda para recibir alimento y repartirlo a los felinos que habitan otros sectores del parque.

En cuanto a los cuidados y salud, la ayuda toma forma de mujeres. La veterinaria Astrid, cuyo apellido no recuerda, y la veterinaria de El Corral, un almacén de elementos para mascotas, conocen de la bondad

de Liliana, así que ofrecen tarifas especiales para contribuir en la obra social. La primera se encarga de las esterilizaciones y curaciones post operatorias y la segunda de desparasitar y ofrecer medicamentos en casos de golpes o malestar.

Cuando el sol se va a dormir, los gatitos de La 33 empiezan a hacer fila, cerca de las escaleras del parque y esperan pacientemente a su protectora, quien anuncia su llegada con el sonido del concentrado que agita dentro de la bolsa oscura.

A las 7:00 de la noche el sector es más concurrido. La gente sale a caminar, a comer en los kioscos o simplemente a pasar el rato, por lo tanto, es más común que personas curiosas se detengan a verla porque, a pesar de que ella insista en que su labor es normal, no lo es.

En varias ocasiones se han detenido a observar turistas llenos de curiosidad. Primero, analizan un rato porque se quieren acercarse y después inician una conversación. El caso que más recuerda es el de un hombre que paseaba a su perro en los alrededores y, cuando notó que ella alimentaba a una gata recién parida, se le ablandó el corazón y le ayudó solidariamente.

—Generalmente yo no hago estas cosas —murmuró el hombre— pero si se trata de animales, específicamente de gatos, se me quita la timidez. ¿Puedo dejarte dinero para que la operes?

No era la primera vez que aquel suceso ocurría, pero no dejaba de asombrarla. Asintió amablemente y después de que el señor le preguntara el costo y ella respondiera, le dejó 70.000 pesos con una gran sonrisa y confianza.

Los felinos se estiran cuando terminan de comer y restriegan sus pequeños y regordetes cuerpecitos en las piernas de Liliana, es decir, manifiestan en su propio lenguaje, que están agradecidos y ella también. Cuando ve que se están acomodando para dormir les dice adiós con unas caricias suaves y se levanta y guarda en silencio todos los platos de los que se alimentaron los *mininos*.

Los animales le cambiaron la vida. Cuando le preguntan por qué se toma esa molestia, no duda en responder que esa es la mejor forma de agradecer a Dios por darle una vida llena de privilegios.

“A mí todo esto me cambió la vida y sé que a ellos también”. Esa es su misión en la tierra: llegar con una bolsa llena de esperanzas para unos seres que tal vez habrían pasado desapercibidos si no fuera por el ángel de los gatos de La 33. ◦

Gritos de arte

Por Angélica Herrera Acosta



Mezcla de formas inimaginables se conjugan con los colores del Caribe y de antaño, cuyas formas sutiles deleitan la vista y el gusto de cada apasionado por la moda y el arte. Es precisamente allí, con sus mezclas ancestrales y aires de modernidad, que aparece la máxima expresión cultural en el potencial del poder ser y hacer del diseñador de modas Alfonso Mendoza.

Nació en Loricá, Córdoba, un 14 de mayo, en un tremendo aguacero que empujaba, con sus aguas amarillas, las piedritas de las calles destapadas del barrio San Pedro, uno de los más tradicionales porque allí están ubicados el hospital San Vicente de Paúl, el cementerio y el tanque de hierro que hacía parte del acueducto en aquella época. Este armazón era tan plateado que, durante el día, todos los habitantes podían ver reflejada la luz del sol.

Cuando camina hacia los retoños arquitectónicos, que dejaron a su paso los años 30, percibe el malecón y la plaza de mercado público a orillas del Sinú. Allí llegan los recuerdos de aquellos libros que escondían historias entre los rincones más antiguos y los alrededores de la “Antigua y Señorial”, como también es llamada esta localidad.

Un día, en su niñez, debajo de la inmensidad del cielo, el pequeño reposaba en la silla de su salón de clases. Entre la voz de la naturaleza y la humanidad, le asignaron una actividad en su área de estudio preferida: Educación artística, que consistía en realizar una catedral con la libertad de usar el material que quisieran.

El artista en formación inició su trabajo y tomó como base una tabla de madera que estaba en la casa de un amigo. Cuando terminó su iglesia, a su compañero le dio cierta envidia porque todos adulaban el trabajo de Alfonso. Sin medir las consecuencias le pidió la tabla, pero sin explicaciones.

Llegó con el rostro inundado en llanto a su casa porque, con dolor, desarmó aquella obra en barro, producto de sus manos y esfuerzo. Su tío, quien se encontraba en casa, fue testigo de su sollozo casi interminable, se acercó a él y le dijo que no se preocupara porque su iglesia iba a ser la mejor de todas. Esas palabras lo motivaron y cesaron las imponentes lágrimas que azotaban su semblante.

Esos son momentos que se convierten en anécdotas imborrables y que hoy recuerda con mucho cariño, mientras una enorme sonrisa se dibuja en su cara.

En Chimalito, un barrio local, al que fue a parar en esas interminables mudanzas de sus padres, en su infancia, vieron crecer a un soñador y apasionado por el arte, quien concretaba las ideas artísticas que corrían como cascadas en su mente.

Realizó sus estudios primarios y se destacaba en todas las áreas, pero específicamente en Artística, lo que da muestra de su gran habilidad por la estética. A sus 11 años inició sus estudios secundarios y creció su atracción por la historia, la geografía y el inglés, mezclados con su mundo artístico.

De esta manera transcurrieron los años con juegos, revistas de moda, rebeldía, discusiones, el amor por la música, las caricaturas y dibujos animados, como huellas que marcaron su camino hasta culminar la secundaria.

En 2001, a sus 18 años, ingresó a la Universidad Pontificia Bolivariana de Montería y adelantó sus estudios en Comunicación Social-Periodismo y ese fue su lienzo para proyectar sus ideas artísticas que estaban primigeniamente en sus sueños.

Su proceso de formación profesional fue vital porque fue allí cuando desplegó su habilidad por las relaciones públicas y manejo de medios, sin dejar atrás su compañera inseparable y número uno: la moda.

Con el descubrimiento de su avanzado potencial artístico, cubierto de innovación cultural, empezó a explorar diferentes áreas: accesorios, diseño de ropa y decoración, que, al mismo tiempo, se convirtieron en su gran pasión.

Su nombre, que resuena en los oídos de todos y arrasa como el viento a los árboles, atrajo no solo a compañeros y amigos, sino a un amplio público que deseaba gozar de su ingeniosa habilidad que lo caracteriza.

Hizo una combinación de sus estudios con la fotografía y cursos de manualidades en cerámica, cuyos conocimientos le permitieron seguir creando y pintando aquel lienzo infinito de saberes, que alimenta a diario para perfeccionar una técnica en el diseño de accesorios nunca antes vista en Colombia.

En sus inicios el diseño de regalos y accesorios en cerámica de uso decorativo eran su principal objetivo, mientras navegaba en un océano de ideas sin límite que, a medida que pasaba el tiempo, le lanzaba olas con propósitos artísticos flotantes y que le exigían un enfoque a los accesorios femeninos para potenciar la cultura, el empoderamiento y la confianza de la mujer en un mundo lleno de prejuicios.

En aquel momento empleó la pedrería, pero fue su inquietud y curiosidad por el uso de materiales naturales lo que lo obligó a realizar un viaje por el departamento de Córdoba para enriquecer y conocer

las distintas técnicas, usos y materiales que usaban los artesanos de la región, quienes cada día son más reconocidos en el exterior por sus originales productos.

Investigó sobre la carpintería implementada por los reclusos de la cárcel Las Mercedes en Montería, de la que quedó impresionado por tan extraordinario trabajo social. Se lanzó a aquel universo artístico e hizo suyo todos los procesos artesanales encontrados allí y que llevó a su taller en Lorica.

Estos brazaletes eran pintados y perfeccionados por un grupo de jóvenes a quienes transmitió sus conocimientos en pintura y talla de madera.

La constante perfección en su técnica ha sido reconocida por grandes conocedores de moda en los contextos nacional e internacional, caracterizada por sus formas e iconografía, de gran volumen, peso liviano y, sobre todo, el uso de sus exclusivas resinas artesanales.

A pesar de su empeño por la creación de moda hace años, en 2007 decidió lanzar su nombre como firma en el mercado y encajó como un perfil comercial en el colorido mundo de los accesorios colombianos.

Su trayectoria como diseñador ha tenido repercusiones en el país, con una carrera en ascenso por la estética de sus diseños, puesto que, con ello, ha capturado la mirada de conocedores, así como de los más distinguidos consumidores de la moda que saben apreciar sus mensajes plasmados en cada obra.

Su nombre ha figurado en importantes revistas como Vogue Latinoamérica, Harper's Bazaar en español y Marie Claire, entre otras, sin dejar de lado todas las revistas y portales de Colombia y Latinoamérica, que han dado a conocer las historias de pueblos y costumbres cordobeses a través de arte.

En la experiencia obtenida de este diseñador, sus intervenciones en diferentes eventos especializados como Plataforma K, Colombia Moda, Semana internacional de la moda de Colombia e Ixel Moda, ha dejado un legado en el universo de los accesorios, cargado de arte, cultura y protección por los elementos étnicos de su región.

En el año 2010 fue nominado al mejor diseñador de accesorios de Colombia, por la reconocida revista Infashion, premiación celebrada en la ciudad de Cartagena en el marco del Congreso internacional de vestuario, Ixel Moda.

Hoy en día sus procesos creativos empiezan con la exploración de materiales artesanales, formas y tendencias de moda, que ha aplicado en sus procesos manuales de resinas y con sus temas de inspiración claros imprime a sus líneas una conexión artesano-diseñador.

Actualmente su enfoque sigue siendo internacionalizarse cada día más, hasta el momento de globalizar totalmente su firma de diseño y dejar una huella de su cultura, rica en creatividad, que impacta por su originalidad y por su influencia del arte pop y arte naïf, que son contextualizados en la vida cotidiana de sus pueblos y raíces étnicas.

Sonríe orgulloso de su crecimiento y por las oportunidades ofrecidas. Su estilo caribeño y su cabello imponente dominan y dan permiso a sus pensamientos, que exigen ser escuchados y dejar gritar hasta el último día de su vida que su pasión será, por siempre, el arte. ◦

El hombre de los congos

Por Astrid Carolina Herrera



Todo empezó con una llamada inesperada en los primeros días de enero. Juancho Naranjo cambió, sin saberlo, el rumbo de la vida de Tevinson Díaz Carmona cuando, toscamente y sin rodeo alguno, le preguntó que si tenía una canción sobre el famoso Carnaval de Barranquilla.

Su sorpresa fue inmediata y su respuesta afirmativa. Allí decide desempolvar una vieja canción que escribió sobre una de sus vivencias en aquella ciudad, en la que brota, por cada uno de sus rincones, la alegría que la caracteriza.

Durante 10 años venía participando en el carnaval con danzas y comparsas. En una oportunidad decidió ser espectador de principio a fin para gozar y sentir el clamor de la gente pero, esta vez, siendo parte de ella.

Un día, como cualquiera, se sentó y comenzó a escribir sobre lo que había visto y vivido. Un cuaderno que siempre dormía junto a él sería el cómplice de tan majestuosas letras. Lo que nunca imaginó es que ellas serían la mina de oro para darse a conocer en todo el país.

Las palabras de Juancho le dieron aliento para emprender esta aventura. Le dijo que era una gran oportunidad porque no ponía en duda que esa sería la canción ganadora, desde el momento en que la escuchó. Aunque Tevinson no se lo creía, al final, puso en manos de Dios lo que él llamaba una completa locura.

Los días transcurrieron, le hizo los arreglos suficientes a la canción, de la mano de la orquesta de Juancho, para la gran noche de la presentación. La escucharían más de mil espectadores aquel día en la Plaza de la Paz. Los nervios corrían por sus venas y tan solo quedaba mirar el cielo estrellado y las hermosas luces de la plaza para controlarse y respirar.

Aquello parecía un sueño que veía muy lejos. Sin embargo, traer ese Congo de Oro se hizo realidad. El 17 de febrero del 2018, por primera vez en la ciudad de Barranquilla, se encontraba recibiendo el Congo de Oro con la canción inédita “Homenaje a Barranquilla”, que paralizó a la ciudad por completo con la interpretación de la orquesta Sahagunense.

Un momento que nunca fue planeado ni se le pasó por su cabeza, pero que lo hizo coger impulso para seguir plasmando con una pluma y un papel, aquellas experiencias que ha vivido a lo largo del paso por esta tierra, para dar a conocer esa habilidad que tiene de encantar y enamorar al público con sus melodiosas estrofas.

La segunda vez lo hizo con más confianza. Concurrió con dos de sus mejores creaciones, pero con la que obtuvo el triunfo fue con la canción inédita Joselito Carnavalero, interpretada por la orquesta monteriana Súper Combo Latino. Eso fue un 3 de marzo de 2019.

Sintió cómo corría por su cuerpo nuevamente esa felicidad que lo llenaba de satisfacción. Este nuevo triunfo no fue sencillo. Tuvo que pasar por tres filtros para alzarse con el galardón. El primero de ellos fue competir con las 200 canciones que estaban participando en letra y música; el segundo, quedar entre los 30 seleccionados y, el tercero, estar seleccionado entre los tres mejores.

El puesto de ganador estaba en juego. Miró a su alrededor, vio los rostros de alegría que despertaba su canción y en su corazón sintió el fuerte latido del triunfo. Nuevamente lo había logrado.

Desde pequeño comenzó a introducirse en el mundo del arte y la fantasía, aunque nunca lo tomó como una carrera profesional, sino como un pasatiempo favorito, al que le dedicaba amor y empeño.

Va por el quinto piso de la vida, sonriendo y dándole gracias a Dios por las oportunidades que se le han presentado porque las ha convertido en una melodía que abre las puertas a lugares en los que nunca se imaginaría estar.

Tevinson Díaz es cereteano y profesor de Ciencias Sociales y especializado en Folclor, además de soñador, creativo e innovador que, desde los 11 años, empezó a cautivar con la danza a las personas con sus puestas en escena en los diferentes festivales a los que asistía y participaba.

A los 17 años descubrió la destreza y facilidad de componer canciones para él mismo. Aún conserva el cuaderno mágico, lleno de oro puro, como él le suele decir, asegurado en un viejo cajón que se encuentra al lado de su cama.

Un día decidió escribirle a la vida, al amor, a los sentimientos y a su mayor inspiración: su familia. Su esposa, Eliana Isabel Morelos Machado, una mujer trigueña, de estatura pequeña, ojos y cabello color café y una sonrisa que ilumina su rostro delicado, es la que siempre lo ha acompañado desde el día que llegó a su camino, para ser su mano derecha y apoyo en cada momento de su vida.

Ella es la madre de sus tres hijos, todos con la vena musical. Daniel Darío es el mayor. Físicamente se parece a su mamá, es de contextura delgada, alto, de ojos grandes y, por sus venas, corre la misma pasión por el folclor que tiene su papá.

El segundo es Mario Alejandro. Su vida está sumergida en el género vallenato, es de estatura alta, piel trigueña, contextura delgada, cabello crespo y oscuro.

El menor de todos es Tevinson Eduardo Díaz Morelos. Su cabello y ojos son claros, tiene una sonrisa encantadora, heredó el gusto por la danza y la música desde que nació y se ha empeñado en aprender las maravillas del arte.

Mediante el esfuerzo, la dedicación y el empeño por su trabajo, ha logrado transmitir a su familia el don que le dio Dios y que, con amor, día a día, lo aprovecha para darlo a conocer al mundo.

Recoger muchos frutos y premios es una de las mejores satisfacciones a lo largo de su vida. Ha participado en diferentes festivales, entre ellos como coordinador general en el Festival de la Cumbiamba XXVIII en Cereté y como jurado y director de grupo de danza en el Festival del Porro en San Pelayo, del Bullerengue, en Puerto Escondido y Feria de la Ganadería, en Montería, entre otros.

Siempre deja todo en mano de Dios, su principal motor, al igual que su familia que siempre lo apoya.

‘Tevi’, como le dicen muchos de sus estudiantes, amigos y familiares, es un hombre carismático que se caracteriza por su buen porte, sus ojos cafés, su sonrisa encantadora y su folclórico gusto de vestir, muy descomplicado. Su color de piel identifica sus raíces y el gusto por la música tradicional.

Ganar ha significado dejar el folclor de Córdoba en lo más alto de una colina. Para él es un honor representar a su amada tierra Cereté.

No ha sido un camino fácil de recorrer. Hacer música no es fácil, pero su talento lo ha llevado a superar obstáculos. Nada lo detendrá, esa música que corre por sus venas se convierte en el motor creador que lo ha llevado a convertirse en el hombre de los Congos de Oro en Córdoba.

Educar, el pilar de su vida

Por Betsy Soto Correa



La noche estaba cayendo, el sol a punto de ocultarse y los insectos se encontraban en su hora de salir. Uno de ellos, tras las fuertes brisas que acompañaban la carretera, cayó sobre el ojo de un “pobre cristiano” que no conocía la próxima parada del destino.

Tan fuerte fue el impacto que provocó que en su ojo izquierdo se desprendiera la retina de forma inmediata. Cirugías tras cirugías fueron el lugar común durante los días de aquel julio del 2004, que acompañaron a José Gabriel Flórez Barrera.

La vida le tendría un nuevo dolor. No solo sería su ojo izquierdo el que sufriría estragos. Poco después, su ojo opuesto desprendió, sin razón alguna, la retina restante.

10 cirugías en total fue el saldo que dejó aquel pequeño incidente. Para su fortuna, o como él lo llama, la fuerza de un poder sobrenatural

que actuó en su vida, su ojo derecho pudo salvarse gracias a un silicón que sostiene su retina, aunque muchos especialistas creyeron que no vería para contarlo.

Agradece que, a sus 64 años vividos, pueda por lo menos, ver una mancha de colores que le permite seguir trabajando.

José Gabriel, o como le dicen sus más allegados, *El Profe*, nació en octubre de 1954 en un caserío cerca de San Marcos, un corregimiento llamado La Quebrada, ubicado entre los departamentos de Sucre y Córdoba o, como él prefiere llamarlo: “donde el diablo dejó el trinche”. Pertenece a una familia humilde y sencilla y se educó con necesidades, pero siempre con las ganas de salir adelante.

La parranda y una que otra mujer eran sus debilidades de joven. Uno de sus sueños más frustrados fue no aprender a tocar acordeón, rodeado de mujeres y fama, sueño que ahora reconoce que era una ilusión de juventud.

Nunca se le presentó la oportunidad de hacer aquello que tanto le atraía y, al cabo de unos años, logró desistir y enfocarse en su educación, claro está que ahora sus hijos, Lilia Susana y David, lo complacen una que otra vez tocando las canciones que más le gustan.

Cuando joven era de pasiones desenfrenadas, amante al deporte y a la actividad física, es decir, un hombre imparable. Supo que los años no venían solos y que aquello únicamente se quedaría en pasiones.

Las pecas forran su cuerpo y tras ellas se puede ver la piel trigüeña en la abertura de su camisa, sus cejas son pobladas y se divisan las canas entre ellas. Su cabello es negro y oscuro, también posee una que otra cana en su cabello, pero no son tan vistosas.

Su caminar es pasivo y se caracteriza entre los demás por ser un hombre noble, carismático, entregado a sus verdaderos amigos y que seguirá dando lo mejor de sí hasta que la vida se lo permita.

Estudió en Tunja el pregrado en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Le gustaba Licenciatura en psicología educativa y administración, pero no lo apasionaba.

En el mundo laboral no todo fue sencillo. Trabajó en un colegio en el municipio de Ciénaga de Oro, un tiempo después en el INEM de Montería, ciudad en la que reside.

Su gran proyecto de vida se formó en la Universidad de Córdoba. Empezó como profesor catedrático, entregando todo a un salón de clases, esperando que los estudiantes se convirtieran en la esperanza del país. Luego, las puertas se le fueron abriendo más. Mediante un concurso logró ser profesor de planta y, con el paso del tiempo, se convirtió en el presidente de la Asociación sindical de profesores universitarios y representante de los docentes ante el Consejo Superior.

Para él la educación es una de las formas que ayuda a las personas a cambiar su condición de vida, a superarse y a salir adelante.

Su vida no ha sido fácil. Sufrió un atentado y, aunque no señala a ningún culpable, afirma que se trató de esas personas que existen en el mundo que quieren ver mal a los demás.

Es un episodio de su vida del que poco quiere hablar. Solo agradece el hecho de seguir vivo y contar con un personal que supo manejar la situación para evitar que ocurriera una desgracia para su familia. Aunque esto no ha vuelto a ocurrir, sus escoltas siguen acompañándolo porque se constituyen en el apoyo para los momentos en los que la vida le ha hecho malas pasadas.

Cuando describe a su familia no puede evitar el orgullo y alegría en sus ojos. Su esposa, sus dos hijos y su nieto son el motor y la fuerza que empujan a José Gabriel a salir adelante cada día, a dar un paso más y a saber que en sus peores momentos ellos estarán para apoyarlo y abrirle los brazos cuando todos le hayan dado la espalda.

Vive feliz y enamorado de su esposa. Jocosamente recuerda aquel momento en el que la conoció. Para darse orgullo y altivez, de una manera graciosa, precisa que fue ella quien se enamoró de él y que, al tiempo, él correspondió su amor.

- (Risas) Ojalá que no me esté escuchando

Fue la mujer que supo poner un poco de orden a su vida, aunque hubo momentos en los que tocaba halarle las orejas. Hace memoria sobre su matrimonio y recuerda lo que ella siempre le advierte: si su madre estuviese viva, ella no se hubiese casado con él, porque una persona parrandera como José Gabriel sería todo lo contrario a lo que quisiera para su hija.

Sus hijos son el fruto bendito de su amor. Ambos son chistosos, amables, nobles y con personalidades únicas e irrepetibles. Saben cuánto ha luchado su padre por su educación, por hacerles saber que lo primero es estudiar, que puedan desempeñarse bien en el campo laboral y que cada vez estén dispuestos a mejorar y aprender más.

En su vida no les hace falta nada; su hija abogada y su hijo economista, cumplen con las carreras que, casualmente, él hubiese deseado estudiar en su juventud pero que, por desgracia, no contó con los recursos necesarios. Por estas razones, nuestro personaje sostiene que: “mi familia es el complemento que da color y alegría a mis días”.

Día a día siembra su semilla del estudio en todos sus estudiantes. Sabe que es en la educación donde está el futuro de un país que siente que ha sido arrebatado por la injusticia, la corrupción y la sed insaciable de poder.

Desea inculcar en esas mentes pequeñas, que quieren experimentar el mundo, sobre lo que engrandece y lo que decrece, la moral de la vida y su ética.

Formar personas con pensamientos abiertos e ideales prósperos es una de sus metas, es decir, ver a aquellos que educó en un salón de clase,

dirigiendo grandes empresas y tomando decisiones importantes en el país, lo motiva a buscar maneras más creativas y educativas de enseñar.

Quiere seguir en su profesión hasta que la enfermedad o la vida le quiten esa oportunidad. Sus fuerzas están intactas, pese al paso de los años. Nada le hará cambiar lo vivido para seguir siendo una figura emblemática de la educación y un padre que ha educado con el ejemplo.

Del caos a la bendición solo hay 10 metros de altura

Por Claudia Aristizábal



A 10 metros de altura vieron los ojos de doña Olfa la silueta más hermosa que jamás habían visto antes. Era ella, la Virgen de Guadalupe, aquella mujer morena, de pelo oscuro, que llevaba sobre su cuerpo un vestido rojo, con un manto verde de borde dorado.

Esa fue la aparición de aquel día, la que corroboraba que en su vida se había dado un milagro, ese mismo que mantiene viva su fe.

La bandera, puesta en el asta, se contoneaba sin parar porque deslumbraba a los presentes con la figura de la virgen, cuya procedencia no tenía explicación alguna.

La paz que sintió al tenerla en sus manos fue única, tanto así que doña Olfa estaba segura de que la única que podía transmitir eso era la guadalupana. Entonces fue allí cuando entendió que había sido obra de ella.

La historia comenzó un día cualquiera. Las llamaradas se hacían cada vez más grandes. Las llantas boca arriba aún rodaban, la gasolina seguía derramándose y alimentaban el fuego, y los gritos de la vecindad atraían a la multitud para ver la tragedia que acababa de ocurrir.

Ana Luz Usta salió para su finca El Socorro a las 10 de la mañana, sin tener idea de lo que estaba por presenciar: un carro volcado e incendiado dentro de su propiedad, personas que salían del vehículo en estado de embriaguez, con todas sus extremidades y rostros quemados, además, desmoronada la mitad del primer cerro que conforma su finca y reventada la cerca eléctrica.

Este incidente fue el inicio de un viacrucis de dolor, bancarrota y desesperanza para la familia Usta, pues, la tranquilidad se vio afectada porque fue inculpada la dueña de la finca por la siguiente razón: la cerca fue el motivo del incendio.

Habían pasado pocas semanas cuando llegó la notificación de la demanda. Esa situación obligó a la familia a contratar un buen abogado para defenderla de un proceso extenso y complicado.

Ella nunca perdió la fe. Su hija, Ana Luz, iba a misa con frecuencia para pedir el milagro que les cambiaría sus vidas. Una noche llegó de su ceremonia y le dijo a su madre que Ciénaga de Oro había sido uno de los pueblos escogidos para recibir a la Virgen de Guadalupe. La traían a pie desde su país, México, y duraría una noche allí. Ella se sorprendió cuando escuchó el nombre, pues nunca había oído hablar de una virgen llamada así.

Sintió la necesidad de dirigirse a la iglesia y decirle al sacerdote que ese primero de mayo en el que la Virgen llegaría al pueblo, sería la finca El Socorro el lugar en el que se quedarían todas las personas que venían en el peregrinaje. Se daría la bienvenida a la santa y desde allí mismo saldrían hacia el siguiente pueblo que dictara el cronograma.

Dos semanas exactas tuvieron Ana Luz y su madre para organizar lo que sería la bienvenida de la Virgen. En ese tiempo Olfa no hizo más que hablar a solas con La Morenita y su imploración más insistente era que sacara a su hija del problema judicial en el que se encontraba.

Faltando dos días para el evento ella estaba en el patio, lavaba la ropa de su hijo, cuando de repente escucha, del otro lado de la pared de ladrillos sin repellar, un radio que repetía: “Viene llegando La Morenita de los Toreros, viene llegando la Virgen de Guadalupe a Ciénaga de Oro. Falta poco para su llegada”.

Allí pasaron muchas cosas que podrían considerarse un milagro. Casi, de manera inexplicable, consiguió la evidencia de que ellos no habían tenido la culpa de aquel fatídico accidente. Eso los salvó del lío jurídico.

Llegó el día en el que la Virgen de Guadalupe llegaría a la tierra oreense. La finca El Socorro estaba lista para su llegada, el camino empedrado de la entrada estaba decorada con flores blancas, regadas por doquier, con la propuesta de representar un suelo puro. Una guirnalda de luces brillaba potentemente en lo más alto del letrero de la finca y alegraba la caravana un baffle que reventaba los oídos con cánticos marianos.

A lo lejos se veía al sacerdote, con su túnica morada, quien daba las últimas indicaciones a Jorge, el pintor que llevaba cinco horas intentando plasmar la figura de la invitada de honor en la pared del lado derecho de la casa blanca, en la que dormía la familia Usta.

Las puertas de la casa, abiertas de par en par, dejaban ver los diferentes escapularios, obras en cerámica y altares que hacían homenaje a la santa. El olor del sancocho para toda la comitiva salió de la cocina, es decir, se notaba que era un almuerzo comunal.

El sacerdote rociaba con agua bendita cada rincón por el que pasaría aquella divina figura con el ánimo de hacer honor a los ritos sacramentales tradicionales. La multitud esperaba ansiosa la llegada de aquel monumento, que, según algunos, les traería miles de bendiciones. Los segundos parecían minutos y los minutos horas. El desespero llevaba consigo la sensación de que el tiempo no pasaba, sus miradas estaban

fijas en aquella carretera infinita por la que asomaría aquel milagro que entraría a sus tierras.

Eran las cinco de la tarde y ya se veía venir la peregrinación y, en cuestión de minutos, llegaron a la entrada de la finca. A su ingreso, el ambiente se puso más liviano, el corazón de los feligreses comenzó a latir con fuerza y sus ojos ya estaban inundados de lágrimas porque no podían creer la majestuosidad que estaba ante ellos.

No había más lugar para el sudor en el cuerpo de las personas que la cargaban y, lentamente, la bajaron de sus hombros y la pusieron en un zorro que adecuaron para ella. Estos hombres descansaron, y se hidrataron con el agua de panela, chicha y limonada, bebidas de la región dispuestas para todos en barriles de madera, es decir, ya estaba todo dispuesto en el quiosco de bahareque, a unos cinco metros del cerro en el que se realizaría una ceremonia espiritual.

Miró al infinito y vio a lo lejos la bandera blanca, ubicada para orientar a la multitud. Se detuvo fijamente y su respiración se entrecortó cuando vio una figura traslúcida dibujada en el centro del banderín.

Era una sombra de la Virgen de Guadalupe, perfectamente detallada, pero nadie lo podía creer, tenían ante ellos la manifestación más hermosa para todo mariano y para todo feligrés.

Bajaron inmediatamente la bandera para cerciorarse y mirar de cerca tal fenómeno, pues allí estaba, tal cual como es ella, con sus colores verde y rojo, que caracterizan su manto, sus manos juntas y a su alrededor los rayos dorados que forman un aura.

Fue el suceso que fortaleció en la familia Usta tal devoción hacia la santa y, al día siguiente se unieron a la peregrinación, lo que duró tres semanas mientras caminaban a pie descalzo, con ella en hombros, hasta que llegaron a Cartagena.

Son 24 años de alabanza, entrega, sacrificio y adoración que le han dedicado a la guadalupana. Desde ese momento no han dejado de peregrinar y de fortalecer la fe de aquellos que esperan un milagro en sus vidas. ◦

El planchonero más viejo del Sinú

Por David Gómez Marrugo



Cuando se habla o escucha el nombre del departamento de Córdoba, mucha gente piensa en Montería, su capital, pero sobre todo en el Sinú. Cuando se habla del río se vienen a la mente increíbles historias, mitos y leyendas.

Hay personas que lo conocen y saben de su majestuosidad. El Sinú es el dueño del segundo valle más fértil del mundo y también es testigo fiel de la vida de uno de los hombres que más años ha atravesado su inmensidad de un lado a otro. Allí se puede vivir más de una historia a la vez.

Cuando el sol empieza a elevar las temperaturas de la sabana monteriana, se da inicio a un recorrido por tierra desde la Perla del Sinú hasta el corregimiento de Sabananueva, ubicado a 23 kilómetros de distancia. Ahí se encuentra el protagonista de esta historia,

A pesar de ser un destino cercano a la capital, se puede tomar el tiempo para apreciar lo colorido que puede ser un viaje por tierra en Córdoba. La fauna y la flora que se observa maravillan a propios y extraños.

La carretera se vuelve un poco más hostil, lo que da a entender que se acerca el destino final, destino que, sin duda, empieza a sorprender. El verde que se apreciaba en los pastizales de las fincas ubicadas a la vera del camino, se tornan de color café e, incluso, un poco amarillo. Esa es la mejor muestra de un verano que no cesa y de las lluvias que aún faltan por caer en esa región.

Al llegar a Sabananueva no cuesta ninguna dificultad ubicar al personaje más famoso del Sinú medio: Juan Petro, el planchonero más viejo de Córdoba.

“¿Juan Petro? Claro que sí, ese no se baja del planchón que está ahí adelante”, dijo un hombre, mientras tomaba de un sorbo una cerveza bien fría para apaciguar el intenso calor.

Mientras el planchón o barcaza de madera surca el Sinú, se ve su vencida figura en medio de las personas, motos, carros y hasta de un caballo que jala a un burro. La rutina se repite. Unos salen y otros suben de inmediato para llegar hasta la otra orilla.

Allí está él. Su cuerpo se recuesta en un banco, ubicado justo debajo del techo. Está vestido como lo hacen los hombres de antaño de estas tierras: con unas abarcas tres ‘puntá’, bastante acomodadas a las labores de su diario vivir, acompañadas de un pantalón de drill gris, que es ancho, y muestra una comodidad notoria para su portador, una camisa color rosado, pero un rosado pálido, tal vez por los años de uso, la que solo tiene apuntado el último de los botones, el que está más cercano al cinturón café que sostiene el pantalón.

No puede faltar en su atuendo de campesino raso, la tradicional camiseta blanca, por dentro de la camisa, para absorber el sudor que produce el inclemente sol. Las gotas de sudor forman parte de dicho atuendo y corren raudas en medio de los pliegues que se han formado en su piel para mostrar el paso de los años.

Un frágil y movido saludo de manos muestra que el tiempo no perdona. Los años lo hacen un experto en el manejo del medio de transporte y de esta manera logra camuflar las dificultades de salud que tiene .

Lleva décadas en El Liberal, un planchón famoso que lleva más de un siglo de estar atravesando el río de una orilla a otra. Cuando Juan llegó allí ya tenía ese nombre.

La rutina se repite entre 100 y 150 veces al día. Las tres canoas de la parte interna, que llevan un fuerte entramado de tablas de madera para soportar los viajeros que lo abordan, forman parte de su estructura. Ese mismo entramado es rodeado de unas varetas de madera estilo corral, que tienen un par de puertas que dan acceso a la embarcación de cada lado.

En la mirada del planchonero más viejo de Córdoba se nota un aire de cansancio. Lleva 48 años haciendo lo mismo todos los días, desde que llegó de Tierralta, municipio del que huyó cuando se presentó la más dura ola violenta.

No tenía trabajo, pero había llegado con una mujer por la que debía responder y eso lo obligó a buscar el sustento para ambos. Empezó colaborando en el medio principal de transporte del lugar, sin saber que este se volvería su trabajo principal con el paso de los años. En un principio creyó que sería por un tiempo, pero la vida le demostró que sería hasta el final.

Pasan los años, pasan las personas, pasan carros, pasan motos y quién sabe qué otras cosas pasan por este planchón. A Juan también le pasan muchas cosas que podrían fácilmente ser la base de películas, novelas o incluso crónicas.

A lo largo de su historia ha visto a decenas de cadáveres flotar en el río. Es justamente quien da aviso a las autoridades cuando ello ocurre. También ha tenido que servir de partero cuando a las mujeres no les da tiempo de llegar a su destino para traer al mundo al nuevo ser.

En sus 73 años de vida podría contar mil historias diferentes. No es poco lo que le ha pasado durante 48 años sobre las aguas del Sinú, un oficio del que ha pensado retirarse, pero, cuando piensa en una forma alterna de subsistencia, se da cuenta que no sabe hacer otra cosa.

Juan Planchón, como le dicen algunos lugareños, es un hombre tranquilo, como es de esperarse de quien sortea a diario las corrientes de un río que, a pesar de lucir apacible, guarda por debajo una inmensa fuerza, capaz de arrastrar hasta el elemento más pesado.

Pese a ser el más veterano en el oficio no quisiera que le hicieran ningún homenaje por ello. “Cuando se homenajea a una persona, se muere y yo por eso no quiero nada, así estoy muy bien”, dice con desparpajo.

Juan Petro sigue surcando el Sinú en El Liberal, su fiel amigo de toda la vida. A pesar de los años demuestra su fiereza y su fortaleza. Ni las corrientes más fuertes han logrado apaciguar su alma. Sigue siendo ese mismo campesino cordobés que se funde, día a día, en las turbulentas corrientes del Sinú medio. _____

Abel: un legado cultural sin extinción

Por David Herrera



Ubicado en el barrio Cartagenita, al lado de sus padres y primos, barrio en el que cada persona que pasa le brinda su saludo de amistad y admiración por su desempeño, se encuentra Abel Antonio Guerra, uno de los personajes que más trabaja por el mejoramiento cultural de Ciénaga de Oro.

Sentado en las afueras de la vivienda familiar, en una tarde calurosa y con vientos leves, empieza a contar las anécdotas e historias que lo han llevado a diferentes escenarios en el departamento de Córdoba.

Todo comienza en su niñez y, cuando cursaba sexto grado de bachillerato, escuchó que se iba a realizar en la escuela un foro con unos actores de teatro invitados de la Universidad de Antioquia.

Con mucho entusiasmo fue la primera persona en llegar al evento, pero fue algo frustrante. No había logrado comprender de qué se estaba hablando. Luego pensó y se dijo a sí mismo que algún día llegaría a estar haciendo obras de teatro, aunque no estuviera comprendiendo el tema.

Y así fue. A sus 13 años ya escribía poemas y obras de teatro para enseñárselas a sus compañeros y profesores. Recuerda que su primera actuación escrita y dirigida por él, titulada “Un mal presentimiento”, es uno de los momentos más maravillosos que no olvidará. Desde ese entonces ha realizado más de 50 obras y escrito casi 250 poemas.

En el año 2000, en compañía de varios colegas con múltiples ideas, formó un grupo folclórico llamado “El Panze”. Durante seis meses se esforzaron para seguir dando vida este proyecto, del que, gradualmente, se fueron desprendiendo otras manifestaciones culturales.

Después de experimentar con este grupo, decidió crear, en 1998, “Casabe de Oro”, un grupo enfocado en el bullerengue, que lo ha llevado a reconocimientos relevantes en los ámbitos departamental y nacional.

Al principio no contaba con la instrumentación necesaria en los desfiles folclóricos de la época, por lo tanto, tenían que utilizar un radio que les proporcionara la melodía para bailar durante el recorrido. Los vestuarios eran prestados de los abuelos y amigos de los integrantes.

Desde ese entonces se propuso metas altas que ha ido alcanzando paso a paso, tal como en un pasado se lo prometió. Aún faltan muchas por llevar a cabo, pero su visión emprendedora y de cambio le da la firme certeza de que todo se va a lograr con el mismo esfuerzo y dedicación de siempre.

Actualmente hace parte de la Red Nacional de Bullerengue, en la que los diferentes grupos del país se mantienen en contacto, con el propósito de evitar la extinción de tradiciones que hacen parte de la idiosincrasia de los pueblos colombianos.

Con ansias de seguir rescatando la cultura nació la Fundación Abel Guerra, con el objetivo de la valoración y promoción de los artistas de Ciénaga de Oro, para que se compenetren y sean formados en la región.

“Esta fundación ha tenido larga vida y está abierta para todos los niños y jóvenes de este municipio, estamos luchando para que logre tomar una identidad y se formen escuelas que necesitamos en la región”, manifiesta Abel Guerra.

Su personalidad inquieta lo obliga a trabajar siempre en algo hasta realizar el Festival de la Bolita y Juegos de Antaño, que llegó a su octava edición con resultados muy satisfactorios para recuperar la memoria de los juegos tradicionales en la comunidad.

“Esperemos que se siga realizando porque los valores se están perdiendo, las nuevas costumbres y nuevas tecnologías que se han implementado han hecho que se retiren de nuestras cosas. Yo pienso que un niño que niega sus costumbres, niega a su mamá. Tenemos que aceptar lo nuestro”.

En las paredes de su humilde vivienda plasma todo lo que ha sido el recorrido cultural de su vida a través de fotografías y reconocimientos que demuestran la labor y el compromiso por lo que hace.

Conserva piezas antiguas propias de la cultura de Ciénaga de Oro: pilones, bateas, pesos en madera, calabazos, totumas en todos los tamaños, que las ha coleccionado como buenos recuerdos.

La decoración de su hogar hace juego con la actividad campesina de años anteriores. En pocas palabras, una conversación en este lugar remite a otra época.

Son múltiples los valores y virtudes que hacen de él un hombre muy admirado por toda la comunidad oreense e, incluso, por personas que vienen de otros municipios a nutrirse de cultura con sus saberes.

Las personas de los alrededores afirman la alegría que caracteriza a Abel y lo consideran líder de la comunidad por sus buenas acciones.

“A este señor nunca se le ve una mala cara, siempre es muy amable con todos, ayuda a que los muchachos no se vayan por mal camino, mediante su fundación cultural, además, cuando se presenta algún

problema siempre está actuando como gestor, yo pienso que deberían hacerle otro homenaje”, expresó una anciana amiga.

“Abelito”, como le dicen las personas de confianza, siempre ha estado rodeado de arte, en su adolescencia tuvo la oportunidad de hacer amistades con actores, bailarines y cantantes que lo llevaron a quedarse en esta área.

En un momento de su vida, posterior a sus estudios de bachillerato, se inclinó por ejercer el sacerdocio, tanto así que estuvo dos años en un seminario de monjas, en el que aprendió labores domésticas. Una de las monjas encargadas era amante del teatro, por lo que compaginaron muy bien y aprendieron mutuamente e intercambiaron saberes para transmitirlos a otras generaciones.

El tema del teatro se fue fortaleciendo y de esta manera la emoción por servirle a Dios de por vida se fue pasando, se dio cuenta de que no tenía la vocación necesaria para continuar con las misiones y que su vida debía ubicarse en otro escenario fuera de lo religioso.

Aunque, gracias a esta experiencia, su vida espiritual se ha mantenido para servir de apoyo a los grupos católicos que representan a la parroquia San José de Ciénaga de Oro.

Su conexión con la tecnología no es muy fuerte, pero ha logrado establecer relaciones internacionales a través de las redes sociales, con directores de grupos artísticos con los que comparte ideas innovadoras. Es en uno de estos grupos en el que nace la idea de hacer un Congreso latinoamericano de directores de teatro, en Panamá, por cuanto se trata de un país agradable, menos costoso y de fácil acceso.

Los años no han pasado en vano. El rostro de Abel Guerra demuestra la edad y el compromiso con una labor que caracteriza el patrimonio histórico de un pueblo.

“Les recomiendo a los jóvenes que sean auténticos, que apoyen la cultura, que tengan amor por el arte y nunca se desprendan de lo nuestro”, dice, a modo de consejo, mientras en su mente prepara y se dispone a celebrar el Día de la Danza, al son de pitos y tambores, en medio del

parque principal, espacio en el que se unen las personas que esperan con ansias las coreografías ensayadas por él.

Las velas empiezan a derretirse, el fandango abre pista, las faldas se mueven de lado a lado y el golpe del redoblante invita a la rueda de la celebración de un día en el que se conmemora la manifestación artística que, con movimientos corporales, se difundió en todo el mundo.

Un secador, unas tijeras y mucho sentido del humor

Por Erlyn Rodríguez



Un espejo y una silla fueron el despegue de un sueño que aún no aterriza y que probablemente no lo hará jamás. Debajo de un frondoso palo de mango, que estaba en la terraza de su casa, una riñonera en la cintura, con la que vendía minutos y una sencilla máquina de peluquería, hace 16 años un joven inició lo que se convertiría en uno de los salones de belleza y barbería más populares de la ciudad de Montería y que él, sin pretenderlo, se volvería también uno de los personajes más icónicos del barrio Cantaclaro.

Jorge Cerpa, más conocido como George, es oriundo del departamento de Bolívar, pero desde muy niño se trasladó a Montería, ciudad que lo ha visto crecer y madurar.

Este personaje proviene de un núcleo familiar muy humilde y muy conservador. Su padre, un hombre completamente chapado a la antigua, se oponía tajantemente a que George se dedicara al estilismo porque consideraba que no era un oficio para varones.

Aunque su familia lo ama y lo respeta, durante casi toda su vida ha tenido que soportar comentarios despectivos y miradas por encima del hombro, solo por el hecho de sentir atracción por personas de su mismo sexo, pero siempre se ha mostrado real, sincero, sin máscaras y sin tapujos. Todas las personas pueden tener su opinión sobre él, pero ninguna va a cambiar lo que es y siempre ha sido.

Uno de los pilares en su vida siempre ha sido la presencia de Dios y la fe inquebrantable que le profesa. Cada situación por la que atraviesa, cada logro obtenido y cada obstáculo por afrontar, lo pone en sus manos para que siempre se haga su voluntad. Esto lo ayudó a encontrarse consigo mismo, a aceptarse, a usar los mismos chistes y comentarios que le lanzaban para herirlo como una forma de hacer humor.

Hace nueve años, el nacimiento de su sobrina marcó un antes y un después en su vida. Ese pequeño e inocente bebé pasó a convertirse en el centro de su mundo y la razón de su existencia; el amor que le profesa se convirtió en ganas de seguir luchando, de hacer mejor las cosas para ofrecerle mejores oportunidades de las que él tuvo.

Aunque su vida iba por el camino que quería en ese entonces, sentía que algo le faltaba, sentía que, aunque estaba lleno de bendiciones había cosas que no estaba haciendo y su alma se sentía vacía y llena de pesadumbre y ni siquiera el amor podía llenarlo del todo.

Acudió a la iglesia de Cantaclaro en búsqueda del consejo de su amigo, el sacerdote que estaba en ese momento, quien, sin pretenderlo, le dio la respuesta que tanto buscaba en una sencilla e inofensiva petición: lo invitó a ayudar a conseguir fondos para el desayuno de los niños que estaban próximos a realizar la Primera comunión.

No contaba con los medios suficientes para costear un evento así por sí mismo, así que se valió de su ingenio y de su extrovertida personalidad para conseguirlo. Compró una alcancía grande y la puso en la entrada del salón, cada cliente que quería ser atendido primero debía depositar 500 pesos en la alcancía.

Cuando le preguntaban para qué era ese dinero él jamás respondía y se iba por las ramas, otros, por su parte, lo molestaban con el argumento de que esa plata se la iba a gastar en vanidades, pero al final todos accedían y depositaban la moneda de buena gana. Al cabo de unas semanas tres alcancías se habían llenado con ese dinero que inocentemente muchas personas depositaron por la confianza y el cariño que le tenían, esa confianza fue retribuida porque hizo feliz a un centenar de niños.

Se les brindó un desayuno agradable que alegró sus corazones y llenó de risas infantiles toda la estancia; a cada uno se le regaló una pequeña mochila, un vaso repleto de dulces, cuadernos y colores.

Cuando se dio cuenta cuán felices eran todos a su alrededor cuando se comieron ese platillo que había sido preparado con mucho amor, cuán emocionados estaban todos al recibir su mochila, George sintió que ese vacío de su alma se llenaba y se dio cuenta de lo feliz que era al ver a los demás riendo y gozando por algo que hizo de la manera más desinteresada posible. En ese momento, al fin, encontró la respuesta que estaba buscando y concluyó que ya era hora de retribuirle a Dios todas las cosas buenas que había hecho por él.

Así que volvió a comprar las alcancías, pero esta vez no solicitaba 500 pesos, sino 2.000 pesos por persona, él se podía dar ese lujo, ya que sus clientes son más que eso, los considera sus amigos, así que sabía que sin duda lo iban a seguir apoyando.

Las fiestas de diciembre estaban a la vuelta de la esquina así que, con lo recolectado, compró docenas de juguetes para regalar en el pesebre de su cuadra e, incluso, logró comprar un par de bicicletas. De niño tener una siempre fue su deseo de Navidad, un deseo que jamás se cumplió, pero que ahora él puede cumplir para otros niños.

Ver a los chiquillos jugar y observar la cara de gratitud en los rostros de esos padres es la mejor, la única recompensa que necesita y la única motivación que existe para seguir adelante.

Actualmente se convirtió en una tradición donar los juguetes cada año al pesebre y luego en enero donar útiles escolares a los menores de escasos recursos con la ayuda de todas las personas que lo siguen en sus redes sociales, que se han convertido también en su escape momentáneo de la realidad.

En dichas redes publica las cosas que le parecen graciosas o las anécdotas que cree vale la pena contar y que, poco a poco, lo hicieron famoso. Le gusta hacer reír a las demás personas con sus ocurrencias y, a cambio, lo único que solicita es un poco de ayuda para poder seguir liderando sus campañas de donaciones. Con sus videos no obtienen ningún beneficio económico y no espera tenerlo jamás.

Siente que si se sumerge más en ese mundo de los influenciadores digitales terminaría convirtiendo su personalidad en una parodia sin gracia y que lo único que haría sería avergonzarlo a él y a su familia, así que prefiere subir sus videos de forma esporádica con una total libertad de expresión. En ellos hace y dice lo que quiere, sin el miedo de perder o ganar más seguidores porque sabe que, al fin de cuentas, de eso no vive.

Actualmente, a sus 39 años de edad, George goza de la estabilidad que le produce su bien acomodado salón de belleza que sigue ubicado en su querido Cantacclaro, aunque ahora no tiene uno sino cuatro espejos enmarcados en madera, pisos inmaculados, ventiladores y aire acondicionado, todo construido con horas y horas de pie cortando cabellos y embelleciendo, en la medida de lo posible, a sus clientes.

Aun, con todo el éxito que ha tenido, afirma seguir siendo el mismo muchacho que empezó a cortar cabellos a 1.500 pesos debajo del palo de mango, solo que ahora tiene más años encima, una figura más gruesa y su negro y corto cabello adornado con un par de canas.

Sigue siendo el mismo hombre de sonrisa fácil y barba pronunciada, pero ahora en sus brazos posan dos tatuajes difíciles de ignorar, en los

que retrata las insignias que guían su vida por el camino correcto. En su brazo izquierdo reposa la frase “Solo Dios puede juzgarme” y en el derecho “Mis padres son mi orgullo, mi fortaleza”, frases con las que se recuerda a sí mismo quién es y de dónde viene. Le recuerdan sus objetivos y que todavía tiene un par por cumplir.

Le recuerdan que no puede desfallecer ahora porque sus años de trabajo, estudio y esfuerzo le están demostrando a un país entero, que no importa nuestro color de piel, que no importa nuestro estrato social y, mucho menos, importa por quién nos sentimos atraídos, porque al final lo único que importa son las ganas de querer salir adelante, de comerse el mundo, porque él conquistó una región entera llena de machismo puro y duro y lo hizo siendo la mejor versión de sí mismo, lo hizo siendo George, un estilista con buen sentido del humor. —

Creando para triunfar

Por Isabella Lozano



Sergio Cano es un amante del diseño y la creatividad. En cuanto tiene la oportunidad de estar en contacto con hermosas piezas textiles, diseños experimentales o con una paleta de colores, su mente empieza a trabajar como lo que es: un artista.

Este joven emprendedor, con un acento distintivo que revela su procedencia paisa, abre sus puertas en su tienda, que tiene la dicha de ser su ‘tocaya’ para las que haya enamorado a través de las prendas y vestidos que él diseñó con calidad.

Luce como si fuese un universitario. No lleva trajes elegantes, ni prendas exclusivas. Este antioqueño, de 28 años, de jeans, tenis blancos, una camiseta de marca Lacoste y un arete de color negro.

Las personas que lo conocen saben de su buen gusto. Eso se puede notar y no solo por la fragancia de Carolina Herrera que lleva impregnada,

sino por el olor de lavanda y flores que recorre los rincones de la tienda ‘Sergio Cano’, ubicada en el norte de Montería.

En ese espacio de color blanco, que puede ser recorrido en su totalidad en unos 20 pasos, Sergio reflexiona sobre su carrera en el mundo de la moda y de cómo ingresó a ese gremio. Recuerda que durante su niñez tuvo mucha influencia para, años más tarde, decidir ser diseñador. Su familia siempre estuvo habituada a realizar tareas manuales: sus tías y su madre, oriundas de La Perla del Sinú, siempre se dedicaron a coser, confeccionar y realizar ‘cositas con las manos’, como él mismo recuerda.

“En mi casa me inculcaron la parte creativa desde esos días. Y no se trataba de que me decían: ‘Sergio, tienes que hacer esto y lo otro’. No, yo simplemente observaba lo que ellas hacían para ir aprendiendo poco a poco. Nunca me sentí obligado, ya que me gustaba mucho”, añade. Además, recuerda que durante su infancia en Medellín la ciudad lo inspiró muchísimo, por lo que siempre se ha considerado “urbano y cero por ciento de finca”.

Con nostalgia cuando se refiere a Medellín, Sergio cuenta que una de las razones por las que arribó a Montería fue cuando la empresa en la que trabajaba su madre, una industria textil grande y consolidada, según recuerda, se fue a la quiebra por la crisis económica de 2008, por lo que resolvió dirigirse a la capital cordobesa. Él se encontraba cursando grado 11 en ese momento.

De igual manera, no titubea en reconocer que se trató de un cambio de aires muy duro: “Mi mamá llegó aquí en agosto de ese año, yo tuve que esperar hasta diciembre. El 4 de diciembre me gradué del colegio y ese mismo día viajé. Fue un cambio drástico para mí, porque de todas formas yo dejé amigos allá, mi vida allá y, aunque ambas ciudades son buenas, son muy diferentes”. Medellín será una parte fundamental de su vida.

Aunque es evidente que cuando habla de moda está en su ‘salsa’, Sergio revela que gran parte de sus conocimientos los adquirió gracias a su experiencia laboral. Durante sus épocas de estudiante, recuerda seguir al pie de letra lo que la teoría decía, pero notaba que la ropa que diseñaba no hormaba de la manera que él deseaba, no quedaba bien y no le gustaba el resultado final.

A pesar de que cursó tres semestres de Diseño Gráfico en el Instituto Tecnológico San Agustín y otros cuantos más de Diseño de Modas, los constantes llamados de su natal Medellín impidieron que fuese persistente en sus estudios, por lo que no los culminó. Entre carcajadas relata que partía a su tierra con la intención de quedarse, pero que, por no contar con nadie que le brindase una mano en sus labores, por cuestiones económicas y también, por unos cuantos ‘episodios de mamitis’, terminaba regresando a los seis u ocho meses. “Como si el destino no quisiese que yo me quedara en Medellín”, bromea.

Mientras que una clienta ingresaba a la tienda para mirar los accesorios que están en uno de los mostradores para, posteriormente, ser asesorada por una de las vendedoras que trabaja con Sergio, él cuenta también cómo se atrevió a montarse en ese barco del emprendimiento. Después de haber estado ‘coqueteando’ con Medellín por un tiempo, decide regresar a Montería para trabajar en Esposa mía, una tienda de confecciones que queda ubicada en el edificio Sexta Avenida.

A partir de este momento, Cano comienza a confeccionarle prendas y vestidos a varias mujeres y niñas de la clase alta cordobesa, por lo que el siguiente paso fue establecer amistades y relacionarse muy bien en la capital ganadera.

Dicen que de las grandes oportunidades nacen grandes negocios y a Sergio la oportunidad estaba por llegarle. Una de las tantas universitarias a las que les diseñó estudiaba en Medellín y estaba próxima a realizar sus prácticas académicas en China. Por lo que un cambio de guardarrobas era prioritario y sería Cano, a petición de su clienta, el elegido para hacerlo.

“Y ella me cuenta que tenía ganas de hacer un negocio y me dijo que montáramos algo. Desde hacía tiempo yo ya venía pensándolo, ya que no era la primera clienta que confiaba en mis gustos y en lo que sé de ropa. Entonces yo le dije que sí, así que lo hablé con mi mamá y todo eso”, dice. Hace especial mención a la familia de su mamá porque, gracias a su aporte más el apoyo de su madre, logró juntar el dinero para poner en marcha su idea de negocio. Según él, esto fue gracias a que siempre ha sido muy ‘afín’ con sus familiares.

Ese fue el inicio de todo: entre él, su familia y cliente-amiga crearon una sociedad, pero solo a él le correspondía la parte creativa. Al principio costó, y mucho. El dinero no era suficiente para adquirir un local espacioso y que ya estuviese amoblado, por lo que recurrieron a remodelar completamente una vivienda que alquilaron. Esto supuso un contratiempo que lo obligó a retrasar la apertura de su negocio. Hasta que, un 27 de enero de 2018, unos seis o siete meses después de haber iniciado las labores de remodelación, la tienda Sergio Cano tuvo su apertura para el público.

Él mismo reconoce que, a pesar de tener poco más de un año en el mercado, la transformación de la marca ha sido enorme. De hecho, en sus propias palabras ha sido de un “500 %, sin exagerar”. Y es que, desde los primeros momentos, cuando abrió sus puertas, cuando se dedicaba a diseñar prendas de otros diseñadores y sus creaciones eran ‘cositas básicas’, como ropa para el trabajo o salir a cine, supo que debía combinar lo que había aprendido en su vida junto con su propio tallaje (las prendas que diseña manejan su propio sistema de tallas), teniendo como resultado piezas del agrado de la mujer colombiana. “Para mí la ropa debe ser aterrizada, es por eso que unas medidas 90-60-90 son totalmente desproporcionadas a los ojos de la realidad”, añade.

En lo que una de las empleadas de la tienda trae consigo dos tazas de café, bebida que disfruta demasiado, reflexiona sobre la importancia de que la mayoría de sus clientes sean, a la final, sus amigas: “He aprendido muchísimo, he conocido gente maravillosa, con lindas historias de vida, ganarme esa confianza, ‘tápame el gordito de acá, apriétame aquí, aflójame aquí. Que los clientes salgan felices es super importante, es la parte más gratificante del trabajo”.

Y es que, en parte, gracias a eso su tienda no es una que mantenga llena de clientes en todo momento. Pero él no lo ve necesariamente como algo malo: “Eso permite que podamos sentarnos a echar un cuento, a conversar o a tomarnos un café”. Es que Sergio es así, cercano y amigable. Aparte, con el tiempo ya sabe de ojo las preferencias de muchas de sus clientes.

Esa misma cercanía la quiso trasladar a su página web, que la atención fuese igual de personalizada en el plano digital. “En el sitio web hay

todo disponible: puedes hasta mandar a hacer un vestido o una prenda, ya que en la página te indicamos los pasos para que lo realices. Desde cómo te tomas las medidas hasta los medios de pago. La idea es que no haya personas que de pronto me digan que no se ajustan a mi tallaje y que se sientan comprando aquí en la tienda”, explica.

La realidad es que es la ‘mano derecha’ de muchas mujeres en Montería a la hora de sacarle provecho al guardarropa. Se regocija contando las anécdotas con los cierres de vestidos y diseños. Le hace particular gracia contar las veces en las que le tocó vestirse de bombero y apagar incendios, novias que no han podido llegar a la boda porque el cierre del vestido no ajusta, entrevistas de trabajo retrasadas por una retrechera cremallera en un crop-top, entre otros.

Así es Sergio Cano, un vanguardista de la moda, amante de la simpleza y sencillez; un paísa soltero que pasó de llegar a Montería a tener una tienda que vende a más de cuatro ciudades, gracias a su portal en internet; un emprendedor que inició vendiendo prendas prediseñadas a dirigir un taller entero de confección de vestidos y ropa femenina de “alta costura”.

Vladimir Vega ¡el comentarista que pega!

Por José Alejandro Guerra Pardo



Pasó de escuchar durante largos años de su infancia una vieja radio, a ser uno de los más populares periodistas de Córdoba.

Ha sido largo el camino que ha tenido que recorrer Vladimir Vega Durango, relator y reportero tierraltense. A sus 54 años de edad es el director de deportes y líder del programa ‘Amanecer deportivo’ de RCN Radio en Montería.

La pasión por ser periodista empezó desde muy joven en Tierralta, donde descubrió, en su propia casa, un objeto que captó por completo su atención y sobre todo lo atrapó en un mundo completamente desconocido para él. Era un radio, una pequeña caja que con solo mover varios botones alcanzaba a reproducir un centenar de sonidos, música y voces que parecían infinitas, pero a la vez agradables para su oído. A

partir de este interesante hallazgo dedicaría gran parte de su tiempo a escuchar todo lo proveniente de esa invaluable pieza.

Emisoras como Caracol y RCN eran las más escuchadas por él en ese momento, pero había otros canales independientes que lo ‘engatusaron’ con la música. Miles de canciones de cualquier género lo hicieron un melómano, un enamorado de lo clásico y rítmico, como la salsa, cuya sincronización de ritmos instrumentales hacían vibrar su cuerpo al escuchar tan atractivas melodías.

Sumándole a todo esto, pudo encontrar, mientras cambiaba de canales, voces de personas que hablan eufóricamente sobre algo específico, gritos que transmitían pasión y emoción con solo decir varias palabras. Eran transmisiones deportivas junto a varios reportajes que, a medida que fue escuchando, forjaron en él un incontenible interés por el mundo del deporte, lo que le ayudó a consolidar su decisión de ser un periodista profesional.

Con el corazón hinchado de emoción y la intención de entrar al mundo del periodismo, fue con la que estudió decididamente su primaria en la escuela Instituto de Tierralta y su bachillerato en el Colegio Seminario Juan XXIII. En ambos se caracterizó por ser un estudiante ejemplar, lo que le permitió graduarse para estar un paso más cerca de su objetivo primordial.

Al terminar su etapa colegial, se subió prontamente en un avión, lleno de ímpetu y equipaje, directo a Bogotá, un destino ajeno, un terreno que no conocía, en el que, al igual que él, miles de estudiantes ocultos entre millones de habitantes de esta ciudad, cazaban como depredadores a sus presas con el único deseo de ser un profesional reconocido a gran escala.

Ya instalado en Bogotá, se inscribió en el Colegio Superior de Telecomunicaciones en el que estudió Locución y Producción de Medios Audiovisuales, este nuevo reto implantó en su cabeza varios sueños y anhelos, como el deseo de ser un presentador de televisión porque tendría la oportunidad de darse a conocer a través del enfoque de un lente de cámara, que transmitiría su viva imagen a todo aquel que estuviera sintonizándolo en el momento.

Reconoce que la disciplina fue un aspecto en el que falló y eso lo alejó de este idealizado rumbo puesto que tendría un pequeño bajón con sus estudios, cosa que raramente ocurrió en su etapa escolar.

A medida que pasaba el tiempo en Bogotá fue adquiriendo conocimientos y logró extender sus gustos musicales hasta convertirse en un coleccionista de discos y enamorado de otros géneros como el bolero, tango, rock y pop, melodías que llenaban su alma de felicidad.

Después de un gran período de estudios, decidió dar un último paso y se dispuso a estudiar una profesionalización en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, con el fin de consolidarse en el ámbito del periodismo, lo que le permitió trabajar en medios de comunicación como NTC Noticias, donde se dio a conocer como un reportero completo y brotaba de su cuerpo un entusiasmo y una dedicación que se notaban en cada reportaje o crónica que entregaba.

Todo eso lo llevó a compartir su tiempo con figuras públicas como Carlos Antonio Vélez y Edgar Perea, locutor reconocido por el amor eterno que le tenía al equipo de fútbol Junior de Barranquilla y la pasión que demostraba en cada transmisión. “A Junior tienes que matarlo para ganarle”, decía Edgar.

Si esa es la parodia, a Vladimir tenían que matarlo para frenarlo, puesto que el deporte no fue la única área en la que se desempeñó, debido a que se volvió un reportero completo y revestido de agallas, disponible para todo acontecimiento o noticia que se le encargara.

Sus reportajes pueden llegar a ser considerados proezas o, incluso, hazañas con el grado de peligro al que se enfrentaba, como lo fue uno de sus últimos trabajos con NTC, en el que cubrió un hostigamiento del Ejército a un laboratorio de narcotráfico en Nechí, Antioquia.

Junto a su equipo de trabajo viajó al lugar y vivió en carne propia cómo se desarrollaba la noticia y observó detalladamente cómo cada soldado empuñaba su arma, para tomar el control del sitio y después incinerarlo completamente, con llamas que rodeaban sustancias alucinógenas que terminaron esfumándose en el aire en un abrir y cerrar de ojos, mientras

Vladimir reposaba con la protección de varios soldados encargados de resguardar a los civiles y a los periodistas.

Al terminar el hecho tenía todo dispuesto para volver con su noticia, pero la subida de una quebrada hizo que su turbulenta etapa en Nechí se extendiera unos días más. Se le acabó la comida y el agua que llevaba. “Ya no teníamos provisiones, solo galletas de soda y una gaseosa”.

Los mosquitos eran sus fieles acompañantes en las noches, en una temperatura tan fría que le daba un color pálido a la piel y limitaba al cuerpo a entumecerse y vibrar casi repetitivamente.

Sin pizca de comida, no tuvo opción diferente a comer una buena cantidad de arroz blanco que cocinaron los soldados. Para muchos, el mejor del mundo, pues les permitió recuperar fuerzas para volver a casa apenas bajara la quebrada.

Luego de tres días en Antioquia, volvió a su casa y, al día siguiente, ya tenía la recopilación de todos los datos de este hecho, que se convertiría en noticia y, a su vez, en una experiencia de vida llena de adrenalina, que siempre guardará en los miles de recuerdos alojados en su mente y corazón.

La vida se volvió muy efímera para él por asistir lo que había conseguido en sus aventuras como reportero en Bogotá, pero no tendría en mente todo lo que se le atravesaría al volver a Montería. En la capital cordobesa desempeñó una vez más su labor multifacética como periodista en varios medios de la ciudad como Telecaribe, Noticórdoba y Radio Panzenú.

Su rumbo y amplia experiencia laboral lo llevaron a RCN Radio, emisora en la que, con uno de sus reportajes, conoció casi inesperadamente a quien hoy es su esposa.

Se trata de Doris Rhenals, una joven estudiante de Administración de Empresas, que trabajaba en una fábrica de gaseosas. Todo ocurrió cuando hizo un cubrimiento de un evento patrocinado por esa empresa. Eso los obligó a pasar mucho tiempo juntos y lógicamente así fue cómo se enamoraron y años después se casaron.

Juntos compartieron todas sus aventuras y experiencias pero, a su vez, le traería un nuevo reto para su vida: se convertiría en padre.

Juan Diego, como bautizaron a su pequeño hijo, quien nació en el año 2000, fue el inicio de un cambio necesario y drástico para su vida. La intención de sentir cómo la sangre le hervía con cada noticia vivida en carne y hueso no era necesaria porque prefería cuidar más su vida para ver cómo crecía su pequeño y añorado hijo.

Su enfoque laboral se dirigiría una vez más al deporte, aquello que le sacaba una sonrisa, cuando encendía aquella radio vieja para escuchar transmisiones en vivo llenas de emoción y locura.

Su nuevo rumbo lo llevó a comentar y a narrar los partidos del antiguo Atlético Córdoba (equipo que solo duró tres años en el departamento) en Cereté, junto a comentaristas como Campo Elías Terán. En un partido del combinado cordobés contra el Real Cartagena, le puso el apodo con el que hoy en día se identifica al locutor tierraltense “Vladimir Vega, el comentarista que pega”, frase que siempre se escucha resonar en miles de radios monterianas cuando empieza un partido del equipo de nuestra tierra: Jaguares de Córdoba.

En el presente, centrado enteramente en su trabajo como director de deportes de RCN Radio y jefe del programa Amanecer Deportivo, transmite su voz a través de un micrófono para llegar a esa nueva generación de periodistas, a quienes incentiva a creer en sus capacidades, a estudiar con ideales y motivados para que los sueños se puedan hacer realidad a través de la fe y el trabajo duro.

Ya con 25 años de experiencia en el ámbito del periodismo, aún tiene en mente varios planes y caminos por recorrer. Se siente satisfecho por todo lo que logró en su largo trayecto y cree que aún puede brindar un poco más porque se centra en eventos deportivos como la Copa América 2019 o cubrir las futuras eliminatorias a Qatar 2022 que están pronto a comenzar. En este momento, dibuja en su cara, la curiosidad y pasión que tenía de pequeño, cuando presionaba el botón de esa pequeña radio, que lo llevaba a un mundo totalmente desconocido. ◦

El renacer de un ciclista cordobés

Por José Javier Ochoa



José Gabriel Martínez Flores, más conocido como El Chepo, nació el 26 de octubre de 1958 en Tierralta, Córdoba. A la edad de dos años sus padres decidieron mudarse a la capital, Montería y ahí estudió primaria en el Colegio Guillermo Valencia hasta grado cuarto, luego pasó al colegio Comfacor y terminó el bachillerato en el Juan XXIII, cuando estaba en la rectoría del padre Luis Alfonso León Pereira, quien se convertiría en un apoyo para el joven deportista.

José llegaba a las ocho de la mañana al colegio, aunque la entrada fuera a las siete, pero él tenía permiso de entrar a esa hora los martes y jueves porque practicaba ciclismo, su gran pasión. Nunca tuvo problemas con esto porque el padre le concedía estos permisos para practicar y también para ir a competir a otras ciudades y pueblos de Colombia. Toda su familia fue muy allegada al sacerdote.

Desde pequeño vio al ciclismo como su pasión, su deporte favorito, el que él realmente ama. Sus hermanos mayores, también ciclistas, representaban la motivación que necesitaba para emprender el camino que lo convertiría en uno de los mejores. La figura paterna, Arturo Martínez Moreno, fue el punto de apoyo que faltaba en la lista de elementos necesarios para consolidarse como el deportista que es hoy en día.

Recuerda, con aires de nostalgia, que el factor económico no era impedimento para su padre, quien buscaba, de una y mil maneras, el dinero para comprarles los equipos que necesitaban para correr en las diferentes competencias.

Su familia siempre estuvo conectada por la vena deportiva por la que corría sangre de ciclistas. Desde su padre hasta sus hermanos y primos, se vieron involucrados en una pasión que crecía a pasos agigantados con cada triunfo que esta disciplina deportiva le daba a José. Las competencias, que en su memoria permanecen como un recuerdo latente, le permiten recordar con exactitud cada una de las veces que su padre vibraba con sus triunfos y sufría con sus derrotas, pero eso sí, él siempre estuvo ahí.

Chepo, como le dice su familia, ha tenido la oportunidad de pertenecer a varios equipos. 1987 representa uno de los más importantes en la historia de aquel joven ciclista. Colombia pasaba por uno de los tiempos más competitivos en la historia de este deporte, con la organización del Campeonato Nacional de Ciclismo, en el que El Chepo tuvo la oportunidad de participar y representar a Córdoba en la prueba contrarreloj por equipos y se quedó con el primer puesto.

En esta competencia hubo equipos como Antioquia, la potencia nacional de ciclismo en Colombia, que, además, ese año no pudo con este grupo de ciclistas cordobeses, una generación dorada que sacó la casta y ocupó el primer lugar del *pódium* frente a todo un país. Lo que en ese instante parecía imposible, fue una realidad. Los representantes del departamento de Córdoba arrebataban el favoritismo de delegaciones nacionales de las que se esperaba, serían las ganadoras.

En este equipo el entrenador era Enrique Pereira Zuleta, el popular Pantera Negra, y las glorias que lo integraron: Rafael Blanco Balles-

teros, Álvaro Zapa Rudiño y José Martínez Flores. Este triunfo, dicen los ciclistas, fue muy significativo. El primero de esta competencia fue Córdoba, después Antioquia, Caldas, Bogotá, Atlántico y Bolívar, que se quedó con el último lugar.

Ha competido por toda la costa, desde la Guajira hasta Córdoba. También lo ha hecho en Medellín, Manizales e Ibagué, pero su queja más grande dentro de este deporte es que el apoyo departamental no se manifiesta con tanta frecuencia, en comparación con otras regiones del país. Asegura que, por esta razón, se han perdido muchos valores y talentos del ciclismo.

Actualmente vive en el barrio La Granja en el que tiene un mini museo y allí reposan los trofeos que figuran como los más grandes testigos de su carrera deportiva. Allí guarda con celo los reconocimientos como campeón nacional, metas volantes, circuitos y muchos otros que reflejan el sudor, las lágrimas y el esfuerzo para conseguirlos. Además, conserva los uniformes y las bicicletas que formaron parte de aquella época dorada.

No todo en su vida fue alegría. El momento más importante de su carrera se vio truncado por un accidente, el 9 de agosto de 1992 en Caucaasia. Justo cuando se disputaba una clásica del Bajo Cauca antioqueño, Luis Vega, compañero de equipo y líder de la carrera, le dijo que traía una falla en su bicicleta y tenían que disputar unos puntos con unos ciclistas de Tarazá y Caucaasia. Fue ahí cuando Martínez se lanzó con todo al embalaje y tuvo un fuerte tropiezo.

El Chepo suspira y su piel se eriza cuando recuerda aquel triste suceso. De su interior salen las fuerzas necesarias para continuar y cuenta que ese accidente lo dejó fuera de las competencias por tres años, pues su cuerpo se vio afectado con fracturas en la clavícula, el húmero, el omóplato y, como si fuera poco, tuvo graves problemas en una de sus extremidades.

Por su mente solo se cruzaban pensamientos negativos. Tal vez no hubiera podido montar, nunca más, esa bicicleta que había convertido en su cómplice para competir en su deporte amado. Sin embargo, le puso empeño a su recuperación porque, a partir de ese momento, empezó a reaprender a escribir con la mano izquierda porque es diestro.

Todas sus actividades comenzaron a cambiar. Y tras muchas operaciones pudo recuperarse, con terapias y ejercicios. Logró renacer y salir adelante hasta superar este oscuro momento.

Finalizados los tres años en los que el ciclismo pareció haberse marchado de su vida, volvió a las pistas y logró ganar múltiples competencias, a pesar de su limitación en el brazo, lo que le devolvió la esperanza y las ganas de triunfar como nunca antes. Fue su renacer, se hizo una nueva persona y confirmó la acertada decisión de dedicarse a una disciplina cargada de alegrías, triunfos y tropiezos que lo hicieron crecer.

Después de varios años decidió estudiar Licenciatura en Biología y Química en la Universidad de Córdoba, se encuentra en el grado 14 del escalafón docente, actualmente es profesor en la Institución Educativa Rancho Grande, lleva 34 años en el ejercicio docente. Siempre les dice a sus estudiantes que él resume su vida en tres actividades: leer, montar en bicicleta y enseñar y se considera una persona feliz porque lo que hace siempre lo hace con amor.

Tiene 61 años bien vividos. Dice que sus trofeos los ganó con sangre y lucha, que cada una de estas quedó en la carretera. Cada vez que los mira siente satisfacción por recordar esa gloria que pudo alcanzar y que nunca quiere dejar.

Todavía compite, monta todos los días con sus amigos y excompañeros de equipo. Afirmo que solo Dios sabrá hasta cuándo le da la capacidad para seguir montado en bicicleta. Aunque sea profesor, siempre saca un espacio para esta actividad porque es parte de todo lo que lo ata a él.

Este deporte le ha dado salud y estado físico. Ha corrido con ciclistas de la talla de Cochise Rodríguez, Pablo Vilches, los hermanos Tolosa, Álvaro Victoria, Luis Delgado y Rigoberto Urán, experiencia que ha hecho que cada una de estas estrellas le deje una enseñanza.

Es consciente de que para triunfar en cualquier deporte y en la vida, hay que tener constancia y amor en lo que se hace. Aunque haya caídas, fracasos y accidentes, lo que debe prevalecer son las ganas de levantarse con la frente en alto e intentarlo nuevamente hasta que se logre. Esa es la clave del éxito. ◦

Cuando la basura se convierte en arte

Por Kharol Silva



Bajo las fuertes brisas, mientras el sol calienta cada rincón de Puerto Escondido, ubicado en el departamento de Córdoba, envuelto en sus entradas destapadas, en las que el olvido encontró refugio entre palmeras y las olas del mar Caribe, allí está la cuna del bullerengue.

Es un lugar lleno de cultura y de artistas que se encuentran en cada espacio de esta pequeña población: cantantes, artesanos, y bailarines.

Allí vive Zulma Ramos, una líder del grupo de artesanos. Aunque a ella no le gusta mucho ese rótulo, pues advierte que todas las decisiones son tomadas en conjunto, nadie desconoce su temperamento echado para adelante y su lucha para ganarse el sustento y sostener una vida digna.

Su piel morena conjuga perfectamente con la arena del mar, su cabello negro, de unos rulos imponentes, juegan con la brisa de un lado al otro, mientras que, con sus manos delicadas, crea una obra de arte. Su voz se hace sentir con la misma suavidad con la que teje cada pulsera que expone frente al mar.

Durante sus inicios en la creación de artesanías, en una época marcada por la violencia, Zulma Ramos encontró refugio en el totumo y en los trozos de madera que son lanzados por el mar, rústicos objetos que se van transformando, gradualmente, en elementos decorativos que cuentan una gran historia y en el fondo piden a gritos ser escuchados.

Desde muy niña ha apreciado con dedicación cada uno de los materiales que para otras personas son desechos. Cuando tenía doce años le encantaba recoger todos los totumos del suelo y convertirlos en cucharas o simplemente pintarlos, unos años más tarde se sentía capaz de independizarse y abandonó su hogar.

Hace más de quince años que vive en la orilla del mar, en El Hoyito, a seis minutos del centro del pueblo, donde se puede apreciar con más amplitud la extensión de las aguas, el baile de las olas, el puro y fresco viento. Ese fue en su momento el basurero del municipio, un terreno olvidado que se prestaba para todo tipo de actos ilícitos. Sin embargo, poco a poco, las heridas de la contaminación fueron sanadas por Zulma y sus demás compañeros artesanos, quienes fueron sumando amigos para la causa.

Años antes de tomar la iniciativa de apropiarse de ese lugar, había estado de hippie, así se describe cuando era joven. Emprendió viajes a casi todos los municipios de Córdoba para conocer y capacitarse en las artes. Su universidad ha sido la vida y esas experiencias que han enriquecido sus conocimientos y sus dotes artísticos.

Por la falta de oportunidades y la poca visibilidad que tenía su labor, viajó a Bogotá y enfrentó muchas cosas. La costumbre de estar en su ambiente y que fluyera la calidez humana cambió por internarse en una ciudad contraria a la que estaba adaptada a vivir, es decir, recibió discriminación por ser morena, costeña y pueblerina.

Uno de los acontecimientos que más influyó en su vida fue ese viaje que, a pesar de no ser la mejor experiencia, es la que más recuerda. Lo que ese día la desmotivó fue lo mismo que la hizo pensar en cómo quería ganarse la vida de la mano de las artesanías reciclables. En una fría y pequeña habitación en la capital de Colombia, sus vecinos la miraban como si fuera un ser desconocido, en una cama de lona, de un solo puesto, pensó todo lo que quería hacer cuando volviera a retornar a su municipio natal.

Con esfuerzo y dedicación ha construido su oficina, en la que tiene sus mayores exposiciones artísticas para mostrar y exhibirlas en las distintas ferias de exposición a las que ha asistido, en Montería, Medellín y Bogotá.

Zulma es una pionera de la artesanía, ha dedicado 30 años de su vida en los que ha mostrado su talento y el de jóvenes y campesinos que no creen del todo en el arte y que lo ven como un pasatiempo, aunque no crean en sí, ella misma se ha encargado de visibilizar su talento y les demuestra que las piezas tienen un gran valor fuera del municipio.

A pesar de su rígido carácter, esta artesana es luz y colores, como lo describen cada uno de los listones que hacen parte de su lugar de trabajo, colores tan vivos como el amarillo, el rojo y el verde predominan por todos los espacios, al igual que los dibujos hechos a mano que, en su mayoría, son animales marítimos como cangrejos, peces y pulpos, que definen la decoración del lugar.

Con sus manos toma una lija y comienza a frotarla suavemente en una raíz seca, que ella mira con dulzura. Se hace la misma pregunta cada vez que la tiene en sus manos: ¿A qué se parece? Siempre tienen forma de algo.

Recuerda la primera pieza que vendió. Se trataba de un flamenco de raíz que lo quería tanto como un hijo, pero las circunstancias y la situación la obligaron a cederlo a un extranjero. Además, concluye que todas las piezas creativas son inéditas porque ninguna de las raíces es igual a otra. .

Con mucho valor, junto a su esposo, educaron a sus dos hijos con valores y con ese sentido de pertenencia que tienen por lo suyo. Hilder, el hijo

mayor, siguió los caminos del arte, estudió Artes Plásticas en Bogotá y dedicó toda su carrera a visibilizar su municipio, mientras que Yeider, el menor, se dedica a las manualidades con su madre. Su esposo es el promotor de la materia prima de todas las artesanías.

Ella espera expandir sus piezas artesanales en los contextos nacional e internacional con el propósito de que le otorguen el valor que le corresponde a cada una de ellas e intentar convencer a todos los jóvenes que aún no creen que del arte se puede vivir.

El sol se oculta y las olas calmadas hacen eco con la brisa que, a su vez, es la misma que ayuda a secar cada noche, las raíces que sus manos prodigiosas convierten en arte. —————

Los ángeles callejeros de los indigentes

Por Luis Santos Berrocal



Su primer reto como ángel callejero fue rescatar del mundo de las drogas a Diana Romero, una joven monteriana que llevaba 14 años viviendo muy cerca del Bronx en la fría capital.

Recordaba con coraje las palabras de un padre atribulado por el dolor. Sin pensarlo dos veces llegó a ese lugar, muy cerca de uno en el que realizaba un retiro, divisó a la mujer, la agarró fuertemente y escapó con ella, sin que nadie se diera cuenta.

El padre de Diana, Francisco Romero estaba tan preocupado por el bienestar de ella que había acudido a todas las estrategias posibles para rescatarla de ese oscuro mundo al que había llegado. Sentía que se esfumaban las esperanzas de volver a verla como una mujer unida a la

sociedad. Habían pasado varios meses desde la última vez que supo dónde estaba y dónde vivía.

Ernesto ‘el Chiqui’ Pretelt había aprendido a ver a Dios en cada una de esas personas de la calle, atropelladas por el vicio y por la soledad. Su vida, también marcada por capítulos oscuros, debía brillar con el único fin de servir a un Dios que le había dado también una segunda oportunidad.

Su capítulo allí empieza cuando conoce la obra que, desde el año 2016, adelantaba Estela Galofre. Comenzaron a entregar una pequeña ayuda para los habitantes de calle en la ciudad de Montería. Les llevaban comida, bebidas, ropa nueva y, lo más importante, les brindaban amor para que ellos sientan que no están solos.

A la iniciativa se fueron sumando otras personas. Cada vez se necesitaban más corazones amorosos para servir a los habitantes de calle, quienes cada día proliferan en Montería.

Fueron muchos meses de trabajo duro para que la mayoría de los hombres sin hogar tomaran confianza y aceptaran compartir la palabra de Dios. Poco a poco comenzaron a llegar más habitantes de calle y, con el paso de los días, el Chiqui se convierte en un padre para ellos. Allí fue que escuchó la historia del padre de Diana, quien daba su vida por rescatarla del mundo horrible en el que la consumía la droga.

No fue solo ese el testimonio que movió sus fibras, también lo hizo el de Jesús de la Rosa, quien durante años fue habitante de calle, trabajaba en los semáforos, limpiaba vidrios o vendía dulces. Su problema con las adicciones lo estaban condenando de una forma rápida hasta el punto de alejarse de la sociedad.

Jesús de la Rosa hizo una bonita amistad con Diana. Durante nueve años se hablaron por las calles de Montería. Él siempre estaba sin camisa, con barba y pelo largo, tenía un problema al caminar, dislexia en la cadera, era el síntoma que lo atormentaba demasiado tiempo.

Desde ese día Estela, Ernesto, Valeria, la hija de Estela y Francisco, iniciaron una serie de retiros espirituales para ayudar a Diana a cambiar de vida. Realizaron trabajos para lograr una reincorporación efectiva a la

sociedad. Además, crearon eventos de sanación para que Diana tuviera una mentalidad diferente y consiguieron enviarla a Medellín durante dos meses para que se sometiera a un tratamiento de desintoxicación.

Cuando Dios obró en su vida todo cambió para ella. Al regresar de Medellín, salió a conseguir trabajo y lo encontró en Fármacos de la Costa. Su reincorporación no ha sido nada fácil, ha pasado por muchos altibajos en la vida, pero con esfuerzo supo sobrepasar cada pared que se le cruzaba.

A Francisco también le cambió la vida. “Cuando una persona sale de una adicción siempre queda la tentación de volver, pero nosotros hemos estado muy pendientes de ella, a veces intenta estar otra vez en las calles, pero Dios sabe cómo hace los milagros”.

Jesús de la Rosa llegó unos meses después de Diana. Estaba totalmente arrepentido del camino que tomó, abandonó a su esposa e hijos solo para darle más tiempo a la adicción, realizó el mismo proceso que Diana, pero más avanzado. Antes de llegar a la fundación Ángeles Callejeros Prodigios, estuvo 39 meses preso en España, México y Venezuela. Nunca estuvo condenado, duraba seis o siete meses en prisión, salía y volvía otra vez a las drogas.

Cuando Jesús de la Rosa decidió corregir y reponer los años que perdió en el vicio, lo primero que hizo fue ir a su casa y pedirle perdón a su esposa e hijos por todos los errores cometidos. Ahora trabaja en la misma empresa de Fármacos de la Costa, en la misma en la que Diana labora, pero en diferente punto.

Los Ángeles Callejeros Prodigios también cuenta con la ayuda de una psicóloga. María es la encargada de trabajar en terapias de rehabilitación con los habitantes de calle para que mejoren su salud mental y para que tengan la voluntad de reunirse con sus familiares nuevamente.

Hay miles de historias que llenan de optimismo a la gente que cree que no es posible salir del mundo de las drogas. Gustavo de León, antes de ser un habitante de calle, era una persona de buenos recursos, pero tomaría decisiones que acabarían llevándolo a ese sórdido mundo.

Al igual que Diana Romero y Jesús de la Rosa, ha estado vagando por las calles de Montería durante casi toda su vida, con su pelo largo, barba y un bolso que, al parecer, contiene su ropa. Siempre estaba con temor al pensar que no sería aceptado por los demás. “Me he incorporado un poco más y me siento bastante aceptado”. También le envía un emotivo mensaje a los jóvenes de hoy que están en el mundo de las drogas y les sugiere que se aparten de todo eso y que hagan el sacrificio de su vida.

No todo sale como los ángeles callejeros quisieran. La mayoría de los habitantes de calle, vuelve a retomar sus caminos con la adicción y olvidan las promesas realizadas para no volver a estar en los malos pasos. José Enrique es un ejemplo de las personas que están otra vez en las drogas, sale y entra, pero tiene claro que necesita algo más que fuerza de voluntad para no volver a caer.

Esta fundación tiene unos miembros con características especiales. Son humildes, sencillos y cariñosos. Su meta principal es conseguir que muchos habitantes se adapten a la vida social, que trabajen junto a sus familiares, a pesar de que son conscientes de que otros vuelven a la vida de antes.

Se han dado a la tarea de organizarles retiros espirituales para que encuentren una nueva oportunidad en sus vidas. Muchos lo han logrado y sirven de testimonio para otros que creen que es imposible cambiar.

Ellos se han convertido en los padres de los callejeros. A Estela, por ejemplo, le dicen mamá. Los regaña cuando hacen algo mal o cuando no tienen un buen comportamiento. Ella ha sido la primera persona en ser un ejemplo de vida para todos, aman la forma en la que se dirige a ellos y los hace reír con sus llamados de atención.

“Casi todos los días paso a darles comidas. Son las nueve, diez u once de la noche y aún estoy pasando tiempo con ellos; muchas personas piensan que ellos son violentos pero, en realidad, no es así”, dice plenamente convencida de que está cumpliendo un llamado de Dios, que fortalece a través de su permanencia en el grupo Emaús.

Ernesto es un alfil trascendental dentro de la fundación. Sin embargo, para él no sería fácil sin el acompañamiento de Berna Vega, su esposa, quien aporta su granito de arena para hacer eficaz la obra.

También hay una persona muy especial para el grupo y para los habitantes de la calle. Su nombre es Melissa Gómez, la persona encargada de hablar sobre el perdón y ayuda a reflexionar y a recapacitar a los habitantes de calle, quienes han sido golpeados por los policías, rechazados por las personas e, incluso, hasta por su propia familia. Ella sufrió en carne propia el abuso, el maltrato, la drogadicción, las culpas, pero también encontró el perdón. Esa es la misión en la que están comprometidos el Chiqui Pretelt y Estela Galofre, dos de los más queridos ángeles callejeros de los indigentes de Montería. ◦

Con la fe intacta

Por Luisa Levin Pérez



La casa se ve desde la distancia, se reconoce desde lejos por sus llamativas paredes pintadas de un verde helecho, que se encuentran rasgadas por el paso del tiempo. La esquina en la que está situada la adornan unos hermosos corales que contrastan con el verde de sus paredes.

Se ve ella caminando hacia la puerta, con un vestido rosa con negro. Lleva puestas unas gafas oscuras, que ocultan sus ojos claros. Su cabello está tinturado del blanco que deja el paso de los años. Sus aretes se balancean con el movimiento de su cuerpo cada vez que da un paso más. Abre la puerta dispuesta a contar sus anécdotas de vida.

Daniela Rosa Pérez Padilla ha sido, desde muy pequeña, una mujer que se ha caracterizado por la valentía y por sus grandes obras para la comunidad. Su vida ha estado al servicio y, pese a que nunca estudió una carrera profesional, ha hecho méritos para ganarse todos los honores.

Estudió hasta sexto de bachillerato en Planeta Rica. Con tan solo 16 años empezó su vida laboral en la Tesorería municipal. Cuatro años después la nombraron auditora de Planeta Rica. En compañía del médico Emilio Castillo puso la primera piedra de lo que hoy en día es el Hospital San Nicolás.

Se casó con Euberto Pérez y tuvieron o cuatro hijos, tres hombres y una mujer. Más tarde, se mudó a Montería, trabajó en la Contraloría Nacional en la que laboró 10 años en el Distrito de Obras Públicas, luego la trasladaron al Comando de la Policía y allí laboró otra década.

No había lugar en la tierra que no la acercara a las parroquias. De esa manera se hizo catequista desde que tenía ocho años de edad.

Hizo parte de la primera junta parroquial del barrio el Edén, en el que se llevó a cabo la construcción de un templo pequeño, que, con el tiempo, fue demolido. Siguió siendo miembro del Consejo económico para la construcción del actual templo que se conoce como la iglesia San José Obrero.

En la parroquia fundó la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús, en compañía de su madre, María Luisa Hoyos y su cuñada Calixta Villalba: “Esta hermandad sigue viva y activa, aunque muchas ya han fallecido, otras continúan consagrándose al Sagrado Corazón de Jesús”.

En compañía del padre Carlos Machado y la junta económica de la que hace parte, fundaron en el 2004 un comedor para los niños para suministrar almuerzo de lunes a viernes. Se inició con 18 pequeños de Ranchos del Inat. Más adelante, con las necesidades concretas vistas en otra comunidad, decidieron fundar otro comedor, el de Villa Cielo.

En estos espacios suministraron almuerzos a más de 200 niños, pero más adelante, afortunadamente, las situaciones de estas familias mejoraron un poco y sus padres ya tenían la posibilidad de brindarles los alimentos.

“En este lugar se evangeliza, se cultivan valores, se les enseña a superar las adversidades, pero especialmente se muestra el amor de Dios y cuán grande es”.

Muchos niños que hicieron parte de sus proyectos han salido adelante. Se han graduado de bachilleres y ocupan los primeros puestos en la Universidad de Córdoba, la institución oficial a la que han tenido la posibilidad de acceder.

A pesar de que su madre biológica la abandonó cuando era tan solo una niña, la señora María Luisa Hoyos, allegada a la familia, le abrió las puertas de su casa y de su vida, la formó en valores y principios, que la han llevado a ser la gran mujer que es hoy en día.

Le inculcó lo grande que es el amor de Dios y lo importante que es mantener siempre la fe y nunca dudar de él. Eso mismo hizo ella con sus hijos.

Dios está presente en cada rincón de su hogar, desde la entrada de la puerta en la que hay un cuadro enorme del rostro de Jesucristo, hasta en la sala hay una mesa pequeña de madera, con un mantel rojo, en la que se halla la imagen del Mesías, en una casita de color blanco acompañado por la Virgen María y el papa Francisco.

Sus ojos ya no ven lo mismo, pues los acompañan las sombras de la edad. Está esperando un trasplante de córnea para su ojo izquierdo, mientras que su ojo derecho solo llora y llora, aun así, ella permanece fuerte y con su fe intacta.

Sus manos se apoyan en las agarraderas de la silla, se levanta lentamente, pasa su mano por su cabello blanco para peinarlo, camina hacia la puerta sostenida por una piedra grande, en la que está pintada la bandera de Colombia, con sus colores amarillo, azul y rojo.

Da varios pasos lentos, mira hacia el frente, mueve su mano de lado a lado y con una hermosa sonrisa, que enmarca su rostro lleno de fe y esperanza, dice adiós, no sin antes convencer con sus palabras y gestos que Dios habita en su corazón y que se quedará allí hasta que la llame a hacerle compañía. _____

Un artista muy Piwa

Por Luz Nelly Castillo Díaz

Su piel cobriza y ojos oblicuos le conceden un perfil típico de los hombres del Urabá. Está enfocado en que la realidad va más allá de la que podemos presenciar. Comenzó en el arte hace unos 37 años aproximadamente.

Wilmer Coronado Palencia, conocido en el medio como Piwa, es un artista que incursiona en la plástica internacional. Su sobrenombre lo debe a los compañeros de colegio.

Nació en Arboletes, un municipio de Colombia, localizado en la región de Urabá, en el departamento de Antioquia. Sin embargo, gran parte de su vida la ha pasado en Los Córdoba, zona costanera cordobesa. Está a unos pocos minutos de las playas de Arboletes, por lo que se le facilitaba ir y venir a cada rato puesto que gran parte de su familia vivía allí.

Allí, junto al mar, adquirió muchas nociones sobre el mundo. Muy cerca de allí, en Boca del Río, aprendió a nadar. Todos sus primos sabían hacerlo y no resistía que lo molestaran más por eso. También fue el lugar en el que experimentó nuevas aventuras.

Una tarde, cuando se encontraba sentado en la orilla del río, mientras que todos se bañaban, comenzó a analizar y a hacer mediciones para atravesar el río y dijo: “Si cojo impulso y me tiro desde ese palo, llego a la mitad del río y ya solo me tocaría pasar el resto manoteando”.

Entonces fue a montarse al árbol, se tiró y llegó a la mitad. Sus familiares se dieron cuenta y salieron a socorrerlo, pero él tomó respiración y no sacó más la cabeza hasta que se encontraba al otro lado del río. Ya sabía nadar y también sabía que lo iban a regañar.

Afirmaba el escultor Miguel Ángel que: “Él solo retiraba de la piedra lo que a esta le sobraba para liberar la forma prisionera en ella”. Piwa parece proceder de forma similar, como si de una película fotográfica se tratara: revela las imágenes latentes en el lienzo, convierte el color en luz y en la forma particular de tratar los temas, crea una realidad pictórica a través de la que les enseña su propia lectura del mundo a sus espectadores.

Su visión está enriquecida por las otras pieles. Su realidad pretende valerse de la superposición de planos, muy frecuente en sus creaciones. Llama la atención de muchas personas sobre sus múltiples posibilidades.

Él ha creado en sus obras un hábitat particular en el que flores, insectos, peces, arrecifes, ríos, paisajes y mares son desprendidos de su entorno natural y en cuya atmósfera, inevitablemente, se sumergen los espectadores.

Estudió Pintura Artística en la Escuela de Bellas Artes, en Medellín. Ha participado de talleres con los maestros Mario Tapias, Jairo Benítez, Gabriel Restrepo, Nelson Vargas, José Pérez Olivares (Cuba), Guillermo Guerra (Venezuela), Julio Carlos Ángulo, entre otros.

Con más de dos reconocimientos como El Cangrejo Dorado, otorgado por el Concejo Municipal de la Cultura y el Concejo Municipal de Arboletes en el 2009 y el Volcán de Oro, otorgado por la Casa de la Cultura del municipio de Arboletes en el 2011, este hombre se consolida como uno de los artistas más reconocidos de la región.

Con más de 32 exposiciones en los ámbitos nacional e internacional, Wilmer es un hombre sencillo. Ha leído muchísimos libros, de aquí su habilidad para ser también poeta y escultor en madera. Tiene esa condición noble de los hombres de tierra adentro. No lo tuvo fácil. Se esforzó desde muy temprano para alcanzar sitio propio en el perverso y sinuoso territorio del arte.

Se considera antipoeta y antiartístico, no le agrada autoelogiarse debido a que ha conocido a muchos personajes que sí considera artistas de talla.

Piwa es un artista que cree en los colores, en la pintura, en el alma de los animales, los árboles, en general, en el alma viva de la naturaleza.

Está convencido de que para pintar, tallar y hacer poesía no se piensa, solo debe dejarlo ser en el momento que llega la musa inspiradora.

Un día decidió marcharse a Nueva York y allí hizo nido. Estuvo en el Consulado y, aunque no fue fácil llegar, sostiene que: “El universo conspiró a mi favor”, y asegura esto constantemente, sobre todo, cuando las cosas le marchan de la mejor manera. Ahí pudo presentar una de las mejores exposiciones que ha hecho en su vida. Conoció a personas maravillosas, vendió todas sus obras y siguió enviando durante muchos meses más.

No es constante en su labor, asegura que tiene temporadas de inspiración y hace muchos trabajos durante ese tiempo. Expone varias de sus obras en su página web Piwarte, que están avaluadas entre cuatro y cinco millones de pesos cada una.

Se caracteriza por vestir colorido, con flores en sus camisas, con varias manillas. Le gusta llevar sombreros, gafas para el sol, su estatura es de 1.65 metros, siempre tiene el cabello suelto, pero no despeinado, posee rizos castaño oscuro muy definidos, con unas ocho pecas aproximadamente en su rostro, labios gruesos y oscuros, sus uñas limpias y cortas, sus manos son gruesas y sus pestañas cortas, pero rizadas.

Un lunes decide preparar la maleta, el martes, llega una amiga y cliente, mira unas de sus obras y le dice:

-“Deberías irte a Venezuela, allá te iría muy bien”.

A lo que él le responde: “Ven a mi cuarto, mira esa maleta, había dicho que me iba para otro país”.

-“Te vas conmigo el viernes”.

Allá hizo muchos amigos, fundó una galería en compañía de otro artista. Hizo presentaciones de poesías en bibliotecas de Venezuela y a los siete meses decidió regresar a su tierra natal.

Es un artista obsesivo con las cosas que van más allá de la grandeza que nuestros ojos ven para transformarlas en arte. Tiene claro el camino y

lo hace con esa claridad del que solo encuentra razón y verdad. Wilmer Coronado es de esos tipos que dan todo por hecho. Dice que después que lo quieras, lo vas a atraer y llegará a tu vida.

Las personas que hablan con él coinciden en que es un artista que mantiene la autenticidad a flor de piel, hecha de quilates de entusiasmo, siempre con la mirada fija, una sonrisa muy fuerte, así como sus carcajadas.

Vive en una casa de dos pisos y la segunda planta no tiene puertas ni ventanas, algo oscuro, pero muy relajante, es un salón con un balcón y los escalones están lijados por los pies de los visitantes. “Hace parte del ritual quitarse sus zapatos para subir a Las Tablas”. Dice que tiene una energía de otro nivel. Las personas que lo conocen van hasta allá a dormir en el piso de Las Tablas y cuando despiertan se sienten sin cargas.

Piwa es un hombre muy apasionado por lo que hace. Ahora, con la ayuda de su hijo menor, Yader, tiene el plan construir un ecoparque y, con la ayuda de tres amigas, están realizando un proyecto para llevarlo a la Alcaldía de Los Córdoba para limpiar el río y crear conciencia en los habitantes.

Prepara el almuerzo para él y su hijo de 14 años, viven solo ellos dos, luego, da de comer a sus caballos y queda libre para hacer ocio en el arte.

Aroma de vida, la voz imponente del bullerengue

Por María Alejandra Araújo



El aroma de la vida se envuelve en una melodía armónica, intensa, simbólica, de una voz única que solo canta las vivencias de un puerto que inspira apasionadamente, que sueña, que anhela, que ríe, pero, sobre todo, que hace de sí misma un arte innato.

Los 76 años que adornan su piel no pesan en ningún instante, al contrario, han hecho de ella 70 canciones que cuentan historias propias de un municipio hecho de tambor, palmas y totumas, en las que el movimiento de la falda y el llamado de los instrumentos han marcado y hecho de él la cédula de identidad del bullerengue en todo Colombia.

Aún recuerda cuando las bullerengueras, desde el 24 de noviembre hasta el 24 de diciembre, todas las madrugadas cantaban: “Ya salió el

fandango, ya salió a pasear, las calles son libres para caminar. Ya salió el fandango, ya salió a pasear, banderas de raso, cinta colorá”.

A la edad de 14 años soñaba con ser como aquellas 15 cantantes. Inspirada por sus versos, corría detrás de ellas para aprenderse cada una de sus canciones e interpretarlas con la misma fuerza con la que tocaban las palmas.

El golpe de las palmas hacía que sus manos se hincharan tras tantos días de canto. Un día cualquiera decidieron cambiar esa frágil parte de su cuerpo por unas tablas que hacían sonar el ritmo bullerengüero por todo Puerto Escondido. Emilia, enamorada de esta sinfonía musical, comenzó a dejar que su voz se moviera como las olas, lo que hacía que atrapara a quienes la escuchaban.

“Cuando tenía 15 años comencé a cantar en la radio Miramar en Cartagena, en un programa que se llamaba Galería de Voces, cantaba todos los ritmos musicales, allí inicié mi carrera”.

Su sonrisa es su mejor carta de presentación, porque se desborda cada vez que habla y quienes la conocen saben que su ser es alegría pura. Sus 1.48 de estatura aproximadamente no alcanzan para un alma tan grande como la inmensidad del mar de Puerto Escondido, de profundidades tan puras como sus cantos, de una piel morena que irradia con la misma fuerza del sol, de unos ojos pequeños color café que cautivan, incluso, cuando sus lentes rojos adornan su rostro y se escucha una voz delicada que transporta y llena de calma con solo cantar unos versos.

Cuando era muy joven falleció su padre y decidió volver al puerto de las voces del bullerengue, con su madre y su abuela. Su municipio del alma le dio más que una identidad cultural, pues, tuvo a sus tres hijos. Los dos primeros con un marinero que vino como la marea y se fue como la puesta del sol, pero en esta ocasión, no volvió a salir. Su tercero, con su primer amor, que se marchitó hasta las raíces, para no volver a nacer.

A la edad de 24 años comenzó a trabajar en la Caja Agraria como asesadora; en ese tiempo tenía a dos de sus tres hijos, un año después tuvo que enfrentar uno de los golpes más trágicos de su vida: una noche, en casa de su abuela, se disponía a echarle gas a una lámpara que tenía, se

agachó, pero no se percató de que estaba prendida y se estalló, el gas comenzó a correr por todo su cuerpo.

Sabía que si corría por todo el lugar se encendería su hogar y sus hijos correrían peligro. Con valentía fue hasta un tanque de agua, tomó un saco, lo mojó y lo puso sobre su cabeza.

Sus quemaduras de tercer grado la dejaron sin cabello, problemas en su vista y uno de sus oídos. Padebió los embates de cinco operaciones para que su piel comenzara a sanar, ella volviera a escuchar y sus manos pudieran volver a moverse con normalidad.

El paso de los años no borró aquellas cicatrices que muestra hoy con orgullo y que hacen de ella una mujer con una fuerza indescriptible.

Decidió entregarle toda su voluntad a Dios. Ante la gravedad de sus heridas, en el lugar en el que trabajaba decidieron que pasara a la zona de archivos. Cada vez que tomaba un papel en sus manos comenzaba a sangrar, su piel aún lloraba, pero su corazón y su mente luchaban para que pudiera seguir y sacar a sus tres hijos adelante.

Las dificultades no fueron un impedimento para que siguiera interpretando sus tonadas. “Allá arriba de la laguna, del pueblo de Puerto Escondido, hay un pájaro que canta, que se llama guacharaca, el guacharaco le dice, a su guacharaca querida, se cae la casa, no se caerá, se cae la casa, no se caerá, se cae la casa, no está bien pará”.

Con nostalgia recuerda las dos primeras canciones que compuso, “Salpicón de bullerengue” y “El pollo”. En estas nuevamente contaba sus historias, sus vivencias propias, así como la de todas las personas que la rodeaban.

En el año 2018 recibió una de las mejores llamadas de su vida. La periodista Alexandra Flórez la vinculó al programa Veteranos en el canal Telecaribe durante un mes. “Fue una experiencia muy linda, tuve la oportunidad de estar con Alfredo Gutiérrez, Aníbal Velázquez, Juan Piña, Boris García y nueve personajes más reconocidos de la región”.

En el programa tuvo la oportunidad de cantar “No quiero vivir de recuerdos” con una maravillosa orquesta. “Yo no quiero vivir de recuerdos, porque entonces me pongo a llorar. Yo no quiero vivir de recuerdos, porque entonces me pongo a llorar, los recuerdos los guardo bien lejos, que se vayan ‘pal’ fondo del mar, los recuerdos los guardo bien lejos, que se vayan ‘pal’ fondo del mar...”

La vida no le ha impedido seguir soñando porque su próximo proyecto es aprender a tocar tambor y tener su propia escuela de percusión para todos los niños y jóvenes que se quieran introducir en la música. “Si a mí me dan la oportunidad de demostrar y enseñar todo lo que me dejaron nuestros ancestros sería la mujer más feliz del mundo”.

Las totumas y las maracas acompañaban su delicada y sentimental voz en cada aire musical. Esto la ha llevado a grabar “Por pilar arroz lloré yo” en la Universidad Nacional, “Ole le le” justo a la cantante Adriana Lucía al igual que “Sabor a porro”.

De la misma forma en que expresa el arte con su voz, lo hace con su vestimenta. “Mi ropa es mi identidad, el turbán y el vestido característico, por sus flores, cuentan por sí sola nuestra historia, cultura, nuestra sangre, nuestros ancestros”.

Con una sonrisa en su rostro y la mirada fija en los recuerdos canta sin temor, canta como si fuese la última vez y, aunque el sol se oculte y llegue la noche, el mañana siempre la esperará para seguir deleitándose con el aroma de su vida y su voz imponente del bullerengue. ◦

El caporo humano

Por Sebastián López Buelvas



Durante la mañana y la tarde, Miguel Antonio Pérez Bula, se dedica a vender libros, pero hay algo que siempre lo apasionó, algo que nace desde adentro de su corazón y lo vincula con la naturaleza. Desde el año 2000 se dedica a alimentar a las iguanas del parque ubicado en la calle 36, entre carreras cuarta y quinta de Montería. Esta tarea la hace por su cuenta y, según afirma, lo hace por amor.

“Con recursos propios les compro la comida diaria e incluso le pago a los habitantes de calle para que les traigan repollo y lechuga. En algunas ocasiones les compro mango, papaya y guineo para darles en horas de la mañana”, afirmó Miguel, de 63 años.

Entre las iguanas tiene una favorita. Se trata de Noriega, un animal que, con el paso de los años, se convirtió en su mascota, pero hace varios meses se desapareció del parque. Al parecer fue hurtada por desconocidos.

“La desaparición de Noriega me causó mucha tristeza porque era muy allegada, diariamente se me acercaba, la cargaba y luego se dormía en mi hombro”, cuenta con un dejo de tristeza.

El amor por las iguanas no es lo único que lo ha caracterizado. Sus compañeros de trabajo afirman que el señor Pérez es un hombre muy amable, amigable y solidario. Siempre está atento a los demás y se preocupa no solo por los animales, sino también por el estado del parque.

Siempre ha querido que esté bonito y que todos puedan llegar y comprar un buen libro o sentarse a charlar y ver a los animalitos disfrutando de la tranquilidad que ofrece el lugar.

Se ha convertido en un luchador por el bienestar de todos y el celador por excelencia de las iguanas. Hablando de luchas, esta no es la única afición a la que se dedica este señor. En su juventud se dedicaba al boxeo y tiene un récord de 45 peleas. Participó en torneos junto al famoso Miguel Happy Lora y otros deportistas como Pedro Vanegas, Lucio “Metralleta” López.

Le iba bien en el deporte de las narices chatas, pero ama mucho a su familia y por buscar un trabajo más tranquilo, pasó a ser albañil y electricista. Fue muy duro, las épocas no eran las mejores, pero nunca refunfuñó de nada y siempre mantuvo la mirada al frente.

De naturaleza calmada y una vida muy tranquila, “Migue”, como le dicen sus amigos, nunca tuvo grandes complicaciones o peligros. Sin embargo, nunca olvidará el día en que un carro casi le hace perder el brazo. Hace muchos años, iba pasando en bicicleta por el centro, cuando de repente un carro, a gran velocidad, lo rozó al lado y le hizo perder el equilibrio, lo que le causó una fractura en el radio del brazo izquierdo. Afortunadamente lo atendieron de inmediato en el Hospital San Jerónimo de Montería y pudo recuperarse efectivamente.

Otro recuerdo que lo marca es su infancia. Se dedicaba a vender fritos, mecatos y ayudar a su mamá. Era muy alegre y le gustaba estar haciendo algo porque se aburría fácil, prefería estar ayudando a su mamá, jugando bolitas de cristal o manejando bicicleta con sus amigos del barrio.

Oriundo de Montería, su infancia suena como un mal cuento de pobreza, pues nació debajo del puente viejo y vivió ahí por un par de años, hasta cuando consiguió mudarse a una pequeña pieza en La Granja.

Ha sido una persona humilde y servicial, pero sus gustos peculiares le han dado ese toque de acción a su vida. Boxeador, fontanero, albañil, electricista y vendedor de libros hacen de Miguel Pérez un ser auténtico.

Su pasión por el boxeo no llegó muy lejos, entrenaba principalmente los viernes y los sábados y salía a eso de las 7:00 de la noche, pero tarde o temprano construir una familia, tener hijos y querer cuidar a su esposa le hicieron retirarse.

Le gustaba pelear y esforzarse por sacar adelante su carrera deportiva. Participó en diversos torneos y eventos en Cereté, San Antero y en Sincelejo, la capital del vecino departamento de Sucre.

Como albañil y fontanero también le iba bien, duró varios años trabajando independiente o consiguiendo contratación en varios sitios.

Más tarde pasaría un tiempo sin un empleo fijo, hasta conocer el negocio de la venta de libros del que también se enorgullece.

Desde hace más de 25 años se dedicó a la venta de libros porque un primo lo convenció y lo metió al negocio. A pesar de no ser muy buen lector, le apasionaba vender y atender personas en su pequeño estante que está ubicado en uno de los principales parques de Montería.

Empezó a alimentar iguanas desde que llegó a ese lugar y dice que nunca dejará de hacerlo, incluso dice que si le traen más iguanas él estará feliz y agradecido, pues podrá conseguirle compañía a su otra mascota, llamada Panamá, que llegó hace poco al lugar y se ha encariñado mucho con él.

La vida de este hombre admirable no tendría esencia sin la misión que cumple. Se ha convertido en el protector de esa especie en pleno corazón de Montería, en el que aprendió a amar a esa especie y seguirá esperando la aparición de Noriega.

Un Bololó de historias

Por Sofía Méndez



Un 20 de abril, a las tres de la tarde en la orilla de la quebrada El Limón, se encontraba aquella campesina en estado de embarazo, lavando ropa, cuando, de repente, el cielo se oscureció por completo y empezó lo que sería una tempestad en época de invierno.

Desde lo más profundo de sus entrañas sintió los dolores de parto, no resistió más y su pequeño niño salió y cayó sobre una roca. A lo lejos venían dos señores con una carga de ñame y de yuca, en un burro mojino, quienes, con una rula de cortar hierba, le cortaron la tripa del ombligo y así fue como nació John Jairo Coneo Salas, más conocido en el mundo artístico como John Bololó.

Sentado en la peluquería que tiene actualmente en el barrio Costa de Oro en Montería, recuerda su niñez. Nació siendo homosexual, desde pequeño empezó a vestirse con colores llamativos y fue un niño extrovertido.

Recuerda que a sus 11 años partió de la vereda en la que nació, hacia la casa de la hermana de su madre, quien sería la mujer que le cumpliría el sueño de conocer a su padre.

La búsqueda por la información de su progenitor empezó y, una vez encontraron la dirección de la familia Coneo, fueron hasta allí. Lamentablemente, Cosme Coneo, como se llamaba, había muerto, pero sus tíos lo reconocieron al instante, pues el parecido era único. Allí empezó a cambiar su vida.

Su hermana paterna se lo llevó a la capital de Colombia y fue justamente ella quien descubrió su estilo artístico. Ella era estilista y lo ayudó a incursionar en el maravilloso mundo de la peluquería.

Tuvo la oportunidad de ir a Perú, Argentina y Uruguay y se capacitó en seminarios y congresos para ser excelente en ese oficio y brindarles lo mejor a sus clientes. Luego regresó a Colombia y conoció a una mujer antioqueña, con quien contrajo matrimonio y tuvo dos hermosos hijos.

Su esposa también era estilista y, por eso, decidieron empezar con un negocio al que llamaron “John Jairo Peluquería”, en el barrio Colina Real, al sur de la ciudad de Montería.

Siempre se caracterizó por su modo de vestir, sus colores exóticos, peinados llamativos que paralizaban el tráfico y hacía que todos fijaran su mirada en él. Sin pensarlo ya había adquirido una identidad especial.

Cada personaje tiene sus fans y este no se quedaría sin uno, el vecino que más detallaba la vida de John le dio el plus que necesitaba. Al barrio siempre llegaban clientes a preguntar por el famoso peluquero John Jairo, pero se encontraban con la sorpresa del vecino, quien les decía: “no es John, es El Bololó”.

Un día común y corriente, dos elegantes señoras de la ciudad de Montería llegaron hasta su peluquería y le dijeron que su vecino le decía El Bololó. No pudo ocultar su sonrojo y al mismo tiempo la rabia. Sin pensarlo dos veces fue a reclamarle a aquel vecino curioso.

La respuesta que encontró lo dejó perplejo. “Mírate en un espejo. Con tu pelo pareces un papagayo, tus zapatos son fuera de serie, con tu ropa pareces un payaso y manejas un montón de gente. Tu vida es un bololó”.

Eso le bastó para salir corriendo, mirarse de nuevo en el espejo de su casa y darse cuenta de que todo lo que le había dicho era realmente cierto. Enseguida le cambió el nombre a la peluquería y la nombró Bololó.

Pasaron los años y la fama crecía cada vez más. Lo buscaban para entrevistas y reportajes. Se mudó al barrio El Prado y su peluquería era un éxito total, pero con esto vino la tragedia que partiría su vida en dos.

Su esposa, con quien pensó estar por el resto de su vida, falleció a causa de una enfermedad y desde entonces empezaron las desgracias. Las dificultades que se le presentaban eran cosas de no creer.

Todo era una desgracia. Hasta los utensilios que usaban en la peluquería se empezaron a quemar y dejaban de funcionar, pero John Bololó no se había dado cuenta de que todo eso no era nada bueno.

Las cosas seguían empeorando, compraron una lavadora y recién sacada de la caja se quemó por completo. Todo era negativo y así fue como empezaron sus crisis nerviosas.

Había adquirido muchos créditos de los que ya no tenía cómo hacerse responsable. Fue justo ese 31 de diciembre del 2015 que tomaría la decisión de acabar con su vida y así salir de todos los problemas.

Esperó a que todos sus hijos se fueran, después de haber dado el feliz año nuevo. A eso de la una de la mañana John Bololó tenía todo preparado y estaba a punto de ahorcarse, cuando alguien tocó a su puerta.

Una hermana había llegado a quedarse esa noche y fue ese ángel que alejó la muerte de su vida. Aun así, lloraba sin consuelo todos los días porque no encontraba soluciones para sus problemas.

En ese momento habló con una señora que trabajaba con él y ella lo invitó a la iglesia, pero su fe era escasa y creía que Dios lo había olvi-

dado. A los tres días, eran justo las seis de la mañana, cuando recibió una amenaza de muerte y eso hizo que regresara su crisis nerviosa.

Ese mismo día llegó hasta la iglesia. Su cuerpo estaba presente, pero su mente no. Pensaba solo en sus problemas y fue cuando escuchó aquella voz que le susurró al oído cosas que solo él mismo sabía y conocía de su vida.

Esa misma voz fue la que dijo: “Aquella noche fui yo quien evitó que te mataras”. Dios le habló y desde ese momento su vida dio un giro por completo. Empezó a cambiar a través de la palabra, dejó atrás aquel personaje y la homosexualidad.

Mientras leía una profecía se dio cuenta de que había sido liberado, ya no siente atracción por los hombres, cambió su forma de pensar, de vestir y dejó en el pasado las tragedias que vivió y los deseos pecaminosos.

Hoy el famoso Bololó sigue de pie, trabajando duro y soñando con un futuro, de la mano de Dios. A donde quiera que vaya quiere ser ejemplo de vida y ayudar a todos aquellos que lo necesiten por medio de su trabajo. ◦

Cuentos pa' hacerte feliz

Por Valentina García Flórez



Con un sombrero vueltilao en la cabeza y un par de abarcas, bastante gastadas, el pequeño niño, montado en la tarima, toma aire, mira tímidamente a su padre, quien está sentado en primera fila, lo mira y empieza: “¡Weije cada ve´ que escucho un porro carajo se me espeluca el cuerpo, me hace recordá las fiestas patronales de mi pueblo, eso eran muchos fiestononones de buenos!”

Continúa con su repertorio y, poco a poco, cada persona se contagia de la risa. Se escuchaba el asombro de los maestros cuando ven la facilidad con la que un niño, de ocho años, podía expresarse sin pena alguna.

Francisco llevaba semanas practicando el mismo cuento. Se sentaba todas las noches a escuchar el disco compacto que le había regalado su profesor de primaria, en una grabadora prestada por el colegio en el que estudia. Escuchaba y repetía ese cuento una y otra vez hasta que se lo

aprendió de memoria. Estaba fascinado por oír al rey del costumbrismo, Reinaldo Ruiz, por ese pequeño aparato.

Mientras aplaudía el escaso público de Flecha Sevilla, zona rural cordobesa, él bajaba las escaleras, emocionado. Allí se encontró con un cuentero muy reconocido en su región. “De ahora en adelante yo voy a ser tu maestro, estaba buscando un pupilo a quien darle mis enseñanzas”, le dijo tras inclinarse para hablarle prácticamente al oído. Desde ese momento, Francisco Pacheco empezó a conocer un mundo del que se iría enamorando poco a poco.

Cada sábado su padre lo llevaba a la casa del ‘compae’ Carmelo Portacio, uno de los cuenteros que le hacía competencia a Reinaldo en la región. Desde ahí lo apodó con el nombre de “el Compae Bactolo”. Eran largas horas de enseñanza, en las que se daba cuenta que le gustaba la oratoria cada vez más. Después de su primera presentación en aquel pueblo y de largas horas de estudio, el Compae Camme, como le solía decir, lo inscribió en un concurso de cuenteros que hizo Chinú, su tierra natal.

Fue el segundo en subir a presentarse entre 10 cuenteros que participaban con él. Esta vez estaba más emocionado porque había hecho uno de su propia autoría para presentar a los jurados. El cielo amenazó con unas nubes oscuras, por lo que se vieron obligados a correr a su casa en el corregimiento Bleo Verdinal. Las calles se estancaban de agua y resultaban muy peligrosas.

No pudieron esperar a que el concurso terminara y, aunque se fue un poco decepcionado, al día siguiente su profesor, el Compae Camme, llegó a su casa y le contó que había ocupado el primer lugar del concurso y que por ello le daban una pequeña suma de dinero que, aunque no era mucho, para su hogar era muy oportuno.

Desde pequeño trabajó con su padre en fincas aledañas, limpiaba yuca o recogía cosechas. Cuando el Compae Bactolo empezó a sonar en todos los lugares y a participar en más festivales y concursos, en los que siempre ganaba el primer puesto, la situación de su casa se tornó un poco gris.

Sus padres se separaban y, aunque estaba preparado para eso, nunca deja de ser duro para un niño. La situación económica empezó a decaer y fue entonces cuando comenzó a vender boletas de lotería en las calles de Chinú. Aun así, el dinero no alcanzaba.

Comenzó sus estudios en el colegio Normal Superior de Sahagún, mientras seguía vendiendo boletas por la tarde y todas las ganancias eran para su padre. Aunque seguía haciendo presentación tras presentación no veía frutos de su trabajo. Un día, cuando ya era adolescente, descubrió que la cuentería podía ser un negocio.

Entraban llamadas a su celular de colegios y empresas que querían que fuera a hacer sus ya famosas presentaciones. Era un joven tan ingenuo que nunca supo cuánto cobrar. Pedía consejos a sus maestros y le daba pena decir un precio exacto. Llegaba a cada escenario con un auténtico atuendo cordobés: un enorme sombrero vueltiao, una camisa abotonada hasta el cuello y un poncho encima de los hombros.

En décimo ya tenía un recorrido en toda la región y en el colegio ya no lo llamaban por su nombre sino que le decían Bactolo. Era uno de los mejores aprendices del Compae Camme y, a pesar de que ahora vivía en Sahagún y trabajaba en un granero, seguía yendo a clases cada vez que tenía tiempo libre.

Y fue ahí cuando un profesor de su clase le recomendó que asistiera al Festival Encuentémonos, en el que se presentarían cuenteros de talla nacional e internacional. En realidad, no le pagarían nada por asistir, pero fueron cinco días al lado de personajes reconocidos de los que aprendió demasiado. Nunca estuvo acostumbrado a lujos, ni comida en abundancia y fue precisamente esto lo que hizo la diferencia de los otros festivales.

Servían mesas repletas de comida que Bactolo en su vida había visto y eso solo le recordaba que tenía a su padre y hermanos en aquel humilde hogar. En el Festival se presentó como cuentero novato. No iba a recibir dinero esta vez porque solo iba de principiante, pero su maestro, el Compae Camme, conmovido por el esfuerzo que hizo para llegar hasta allá, recogió la suma de 200 mil pesos entre todos los cuenteros que fueron al festival y se los dio.

Como ya era costumbre, nunca se quedaba con la plata que ganaba, sino que se la daba a su papá para pagar lo necesario en su casa. Esa vez solo tomó unos cuantos pesos para mandarse a hacer una camisa para el colegio porque la que tenía estaba rota y desgastada.

Y como ese, fueron muchas tarimas en las que se montaba a contar sus cuentos y resaltaba entre los demás participantes por su forma de expresarse. Todo lo que le había enseñado el Compae Camme lo dejaba en cada show y recordaba con orgullo el primer cuento que se aprendió del maestro Reinaldo y el que lo llevó a descubrir su talento.

Llegó el martes primero de agosto. Esa fecha la quisiera borrar de su memoria porque recibió la peor noticia de su vida. La primera persona que creyó en sus capacidades y le extendió la mano para ayudarlo a crecer había muerto. El Compae Camme sufría de insuficiencia renal desde hacía años y eso lo llevó a la muerte. Fue un golpe muy duro en su vida. Este hombre lo había educado, formado y convertido en la persona que es.

Recuerda con gran tristeza las veces que le decía que no lo quería ver llorar cuando se fuera, pero eso fue lo que sucedió. En su funeral se asomó al féretro y el dolor lo inundó en segundos. Su fuerza no le permitió botar ni una lágrima porque así se lo había prometido.

Distintos cuenteros de la región tomaron la voz y hablaron en su funeral, pero Bartolo no fue capaz de hacerlo.

Su maestro se había ido, después de haberle dado un nombre, haberlo llevado a ganar tantos premios. Ahora debía seguir su camino solo. Las únicas palabras que tenía para él eran: “No me gradué de ninguna escuela de cuenteros, pero tuve el mejor maestro que pudo existir”.

Los misteriosos designios de Dios

Por Valentina Pineda



La vida le cambió. El mundo se detuvo y nada alrededor importaba, el corazón se partía en mil pedazos, el tiempo pasaba lento, la brisa no se sentía, los abrazos no consolaban, el alma se iba por momentos, no se encontraban respuestas y el único deseo era que todo fuera una pesadilla.

El 27 de noviembre de 2018, un día que parecía normal, una joven de pequeña estatura, cabello color negro y liso, de alma noble y humilde se encontraba en el gimnasio del pueblo que la vio crecer, Sahagún - Córdoba, cuando una inesperada noticia estaba por llegar.

“Me fueron a buscar allá, no me dijeron nada, solo me llevaron a mi casa y cuando llegué había un montón de gente allí, pero seguían sin decirme, hasta que una persona se acercó a mí a darme el pésame y ahí fue cuando supe y me enteré de lo que estaba pasando”.

Mientras intenta hablar sobre aquel tema, que le mueve todas las fibras de su cuerpo, su mirada cambia, denota tristeza y de sus ojos intentan salir pequeñas lágrimas de dolor que ella, con su fortaleza, detiene, continúa hablando, pero su voz, sin querer, se quiebra, retoma compostura y distrae sus manos con un empaque que está encima de la mesa del restaurante en el que espera su comida y manifiesta: “mi hermana pasó a una mejor vida, no tengo duda, está bien y está feliz”.

Su única hermana, que llevaba algún tiempo en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, quien estaba haciendo su especialización en odontología, esa madrugada salió a un paseo con los familiares de una amiga cercana, pero, lo que nadie esperaba es que en la ruta 65 el carro en el que iban perdiera el control y se saliera de la carretera, lo que ocasionó un fuerte accidente que acabó con la vida y los sueños de Daniela Otero, una joven llena de felicidad y amor que compartía con su familia y amigos.

Su despedida fue como se lo merecía: globos blancos llenos de helio fueron soltados por todas las personas que acompañaron ese día a la familia Otero, subían y subían al cielo como el alma de aquella hermana, amiga e hija que fue directo al encuentro con Dios.

Ese ha sido uno de los días más tristes de Valentina, una devota y seguidora de Dios, quien asegura que solo Él es quien le ha dado la fortaleza para seguir luchando, pese al dolor que siente su corazón.

Su proceso espiritual se inició en el año 2016, pues, como todo joven en los afanes de la vida hacía cosas que no le agradaban a Dios, hasta que le hizo un llamado que ella, sin duda alguna, aceptó y que ahora sigue ayudándole a seguir en el camino correcto.

Todos sus triunfos y proyectos se los deja en sus manos porque confía en su voluntad. En los días buenos agradece a Dios y en los malos se refugia en Él y así es como ha sabido salir adelante, pese a todo.

Desde su niñez ha sido dedicada y disciplinada. En su proceso escolar siempre ocupó los mejores puestos y estaba en el cuadro de honor. Se ha destacado por ser una líder positiva. En grado 11, con ayuda de sus

compañeras, se lanzó a la Personería y ganó, triunfo que recuerda con una gran sonrisa y satisfacción.

Otra de las tantas características que esta joven tiene es que es muy segura de sí misma y trabajadora, por eso en junio de 2018, sin miedo a nada, decidió crear su propia empresa de calzado, La Rochell, con la idea de independizarse y crecer económicamente. Lo que ella no esperaba es que el producto gustara tanto que, luego de unos meses, empezó a recibir llamadas de almacenes interesados en su calzado.

Para el mes de noviembre La Rochell ya había alcanzado números y cifras positivas, así con el emprendimiento que la caracterizaba, decidió lanzar su empresa al concurso Soy Emprendedor Monteriano, dirigido por la Alcaldía de la capital cordobesa.

El 26 de noviembre del 2018 su trabajo fue exaltado por su trabajo, disciplina y constancia, pues La Rochell se llevó el premio gordo, es decir, diez millones de pesos en activos, dinero que actualmente Valentina está invirtiendo en la construcción de su propio local que estará ubicado en su pueblo Sahagún, Córdoba, pues allá está su familia y la mayoría de su equipo de trabajo.

“Ese día fue el día más feliz de mi vida, a pesar de que solo haya durado ese día, pues al día siguiente fue el fallecimiento de mi hermana, pero le debo mucho a ese concurso. Fue una ventana enorme para mi empresa, mis seguidores crecieron un montón y de ahí es que mucha gente empezó a conocer mi producto”.

Luego de esa victoria agri dulce, pensó en dejar todo tirado, pues el corazón le dolía tanto que no quería seguir, pero pensó en su hermana y en lo orgullosa que estaría. Seguro así lo siente desde el cielo.

Actualmente, La Rochell ha crecido efectivamente. Los diseños ya no solo son inspirados en calzados, sino que también diseñan canastos para mujer, con el objetivo de seguir implementando nuevos productos en la empresa. Los mismos ya se están distribuyendo en Estados Unidos, República Dominicana, Venezuela y Puerto Rico.

“Yo recuerdo que una de las anécdotas que tengo con el pedido internacional es que cuando hice el contacto con República Dominicana, como soy yo la que hace todos esos procesos, me pidieron que les mandara una factura proforma con todo el producto y yo hice una factura en Excel normal y la mandé así, mejor dicho les faltó insultarme, que cómo yo iba a mandar eso así, que así no era, en fin, ellos al final me mandaron un ejemplo de lo que era esa factura y así fue como pude hacerla y volver a enviarla”.

A la fecha está terminando sus estudios de pregrado en la ciudad de Montería, Córdoba, en la Universidad Pontificia Bolivariana, en la que cursa séptimo semestre de Ingeniería Civil. No se rinde, lucha y, a pesar de que la vida le cambió, no ha cambiado su esencia. De todas las experiencias ha aprendido y ha sabido verles el lado bueno a las cosas y resolver todo con la ayuda de Dios y con una gran sonrisa.

La vida es un préstamo de Dios, todo lo que somos es, sin duda, un pequeño reflejo de lo que día a día vamos construyendo en nuestro paso por la tierra. Las buenas acciones son las que se quedan y los buenos recuerdos son los que perdurarán en la vida de las personas que nos rodean. ◦

De un camino duro a *inning* seguro

Por Valeria De la Ossa



En una fiesta de pueblo Janey Pequeñata Tapia se encontraba rodeada de, aparentemente, compañeras responsables por su mayoría de edad. Las mismas que esa noche se embriagaron mientras esta niña de tan solo 14 años las observaba sentada en un viejo taburete comiendo Yupi y bebiendo gaseosa.

La noche era fría y el ambiente en el recinto se tornaba más y más pesado para alguien de tan corta edad. Eran las tres de la madrugada cuando sus compañeras y la menor de edad se fueron a dormir a la hacienda del patrocinador del Club Las Águilas de Valencia, un equipo en el que participaban estas mujeres y Janey.

“Era una finca grande, tenía muchas habitaciones, camas amplias y camarotes de madera. Considero que ellas se abstuvieron de ir en mi

auxilio porque este hombre era pudiente, también uno de los pesados del Guadual. Para ese tiempo había muchos ‘paracos’ en esa zona. Ellos caminaban por las calles con las armas en las manos”.

Janey se considera una mujer fuerte, tanto física como mentalmente. En esta tarde soleada y calurosa, se recostó en su cama y se cruzó de brazos mientras menciona que no siente temor. No le tiembla la voz para hablar sobre un suceso que le marcó la vida. Esa misma noche, después de terminar la fiesta de pueblo, se encontraba durmiendo sola en una pequeña cama de madera, en una gran habitación en la que también estaban sus demás compañeras del Club de Sóftbol. “En medio de la oscuridad, se me acerca el hombre que nos patrocinaba e intenta quitarme la ropa. Yo tenía un short de rayas de colores y, por más que intentó bajármelo, no lo logró porque yo pataleé y me rehusé, él me tapó la boca para que no gritara y aun así yo no cedí y él se dio por vencido”.

Su padre, Marcos Peñata, siempre la apoyó. La llevaba a entrenar a un campo abierto en el que el pasto les llegaba a los tobillos. Esperaba que culminaran los entrenamientos para llevarla a casa porque era una joven sobreprotegida por su madre María del Carmen Tapia, quien no estaba de acuerdo con que participara en ese deporte. Después del aberrante intento de abuso sexual y de haber perdido séptimo y octavo, tardó años y años en volver a jugar, a pesar del indiscutible talento y disciplina que caracterizaban a esta joven fuerte, delgada, de piel morena, cabello corto y cejas pobladas.

Cuatro años después volvió a las canchas e ingresó a la selección Córdoba. “El presidente de la Liga de Sóftbol fue a hablar con mi mamá para que me dejara venir a vivir a Montería después que me vio jugando en el Torneo de Liga que hacían y del cual quedamos campeonas ese año. En esas mismas justas gané varios reconocimientos por destacarme como mejor jugadora”. Terminó el colegio y conoció a su actual esposo, Juan David Durango, padre de su único hijo, Jabin David Durango Peñata.

Se sienta en una mecedora roja y sonríe mientras recuerda ese inicio en la Selección Colombia de Sóftbol en 1997. Sintió una emoción incomparable puesto que se había cumplido una de las metas que se trazó desde que tuvo uso de razón. “Era un partido definitivo para nuestra clasificación al Mundial, jugábamos en contra de Estados Uni-

dos. Íbamos 0 a 0 hasta el cuarto *inning* y mi entrenador se equivocó al mandarme la señal porque la bateadora era una zurda y se cambió a batear por el lado derecho, él me dice que le mande una bola recta pegada y la jugadora de Estados Unidos sacó la bola del estadio y en ese momento completaron cuatro carreras definitivas”.

El partido culminó cuatro carreras a cero, pero les permitió clasificar al Mundial China Taipéi. Sonríe orgullosa cuando menciona lo mucho que disfrutó ese partido porque fue de las mejores dentro del enorme estadio de Guatemala, un escenario lleno de luces, de aficionados y apasionados por este deporte. Las personas estaban eufóricas observando la determinación y la técnica que estas jóvenes le imprimían a cada acción dentro del duelo de sóftbol.

La noche cae y el frío del aire acondicionado invade la pequeña habitación de paredes color blanco. Se frota el rostro con sus grandes manos y menciona cuando en 2016 fue a Bogotá con la Selección Colombia de Sóftbol. No fue la mejor experiencia para ella, se sentía desmotivada y con ganas de desistir, en esa ocasión clasificaron las selecciones en A y B para representar a Colombia en el Suramericano que se disputaba dicho año. A esta mujer le tocó en la B en esa ocasión, pero eso no fue lo peor, las hospedaron en los dormitorios del estadio, un sitio en muy malas condiciones, deteriorado y descuidado, paredes desgastadas y con telarañas en todos los rincones, camarotes de madera vieja y sucia.

Pensaba en todos los kilómetros que debía atravesar para volver a casa y decidió quedarse. Ese fue su último año en el que portó la camiseta oficial de la tricolor.

Es una mujer decidida, a pesar de ser una de las tres en su numeroso grupo de hermanos, ha sido sólida e independiente. Recuerda todas las veces que le tocó vender chance en una pequeña bicicleta rosa y continuar, a pesar de los muchos acosos de los hombres de su pueblo con el fin de lograr los objetivos que se había trazado: “dedicarse de lleno al deporte, luchar porque las niñas y mujeres para que no permitan que nadie les vulnere sus derechos”.

Sostiene una pelota de béisbol y le da vueltas, así como las vueltas que le ha dado la vida. Janey ve en Córdoba la necesidad de incluir de manera más significativa a la mujer en el deporte.

En su rostro tiene algunas arrugas que le enorgullecen porque le recuerdan los años de experiencia y diversas situaciones que ha tenido que enfrentar, con la cabeza en alto, siempre con fe en Dios y con la convicción de un futuro de equidad para las deportistas del país.

“En 2018 me volvieron a convocar con el fin de hacer parte de la Selección Córdoba para el Torneo clasificatorio a Juegos Nacionales. En esa ocasión fui de jugadora y de *manager*”.

El cielo se torna oscuro y las estrellas empiezan a aparecer en él. Se pone un uniforme que tiene un estampado con las letras que dicen el nombre del país. Colombia resalta en amarillo y un azul casi tan oscuro como esa noche. Organiza ciertos objetos deportivos para salir al encuentro con sus “chiquitinas”, las que ella llama “Las Panteras F.C”.



Universidad
Pontificia
Bolivariana

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto.
La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones
será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565
o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación,
su nombre, correo electrónico y número telefónico.

Richard, el imperio de los perros calientes en Montería

Andrea Ramos Arcia

El ángel de los gatos de La 33

Ángela Hoyos Agudelo

Gritos de arte

Angélica Herrera Acosta

El hombre de los congos

Astrid Carolina Herrera

Educación, el pilar de su vida

Betsy Soto Correa

Del caos a la bendición solo hay 10 metros de altura

Claudia Aristizábal

El planchonero más viejo del Sinú

David Gómez Marrugo

Abel: un legado cultural sin extinción

David Herrera

Un secador, unas tijeras y mucho sentido del humor

Erlin Rodríguez

Creando para triunfar

Isabella Lozano

Vladimir Vega ¡el comentarista que pega!

José Alejandro Guerra Pardo

El renacer de un ciclista cordobés

José Javier Ochoa

Cuando la basura se convierte en arte

Kharol Silva

Los ángeles callejeros de los indigentes

Luis Santos Berrocal

Con la fe intacta

Luisa Levin Pérez

Un artista muy Piwa

Luz Nelly Castillo Díaz

Aroma de vida, la voz imponente del bullerengue

María Alejandra Araújo

El caporo humano

Sebastián López Buelvas

Un Bololó de historias

Sofía Méndez

Cuentos pa' hacerte feliz

Valentina García Flórez

Los misteriosos designios de Dios

Valentina Pineda

De un camino duro a innings seguro

Valeria De la Ossa

